

El Acantilado, 215
REPORTAJES
DE LA HISTORIA

La extensísima bibliografía de MARTÍN DE RIQUER, de la Real Academia Española—galardonado, entre otros, con los premios Michel de Montaigne, Menéndez Pelayo, Nacional de Ensayo, Príncipe de Asturias y el Premio Nacional de las Letras Españolas—, incluye trabajos decisivos sobre muchos aspectos de la literatura y la sociedad medievales, desde sus ya clásicas ediciones del *Quijote*, de *Los trovadores*, del *Tirant lo Blanch*, *Li contes del graal* (Acantilado, 2003) y la *Chanson de Roland* (Acantilado, 2003), hasta sus tratados de heráldica catalana y castellana. Gran conocedor de la lírica medieval, el armamento y la narrativa caballeresca europea, destacan en este campo sus volúmenes *Estudios sobre el Amadís de Gaula*, *La leyenda del graal y temas épicos medievales*, así como *Para leer a Cervantes* (Acantilado, 2003), la edición de las *Poesías* de Arnaut Daniel (Acantilado, 2004), *Quinze generacions d'una familia catalana* (Quaderns Crema, 1998) y *Vidas y amores de los trovadores y sus damas* (Acantilado, 2004).

BORJA DE RIQUER PERMANYER, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona desde 1988, es especialista en historia de los siglos XIX y XX. Ha publicado diferentes obras sobre el catalanismo político, como *Lliga Regionalista, la burguesia catalana i el nacionalisme* (1977), *El último Cambó, 1936-1946. La tentación autoritaria* (1997) o *Escelta Espanya: la cuestión catalana en la época liberal* (2001), sobre la historia de Cataluña, entre ellas los volúmenes VII, IX y X de la *Història de Catalunya* dirigida por Pierre Vilar, y sobre la época franquista, como su reciente *La dictadura de Franco* (2010).

REPORTAJES DE LA HISTORIA

RELATOS DE TESTIGOS DIRECTOS
SOBRE HECHOS OCURRIDOS EN 26 SIGLOS

SELECCIÓN Y ESTUDIO DE LOS TEXTOS
POR MARTÍN DE RIQUER & BORJA DE RIQUER

VOLUMEN PRIMERO

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2010 by Martín de Riquer Morera y Borja de Riquer Permanyer
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Véase la procedencia de los textos en la página 2857

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN DE LA OBRA COMPLETA: 978-84-92649-74-7
ISBN DEL VOLUMEN I: 978-84-92649-79-2
ISBN DEL VOLUMEN II: 978-84-92649-80-0

DEPÓSITO LEGAL: B. 37 332-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión*
BARÓ *Encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Al lector 15

VOLUMEN PRIMERO

LA PESTE DE ATENAS

Tucídides 19

LA RETIRADA DE LOS DIEZ MIL

Jenofonte 27

MUERTE DE SÓCRATES

Platón 61

CERCO DE NUMANCIA

Polibio, extractado por Apiano 67

CONJURACIÓN DE CATILINA

Cayo Salustio Crispo 79

CAMPAÑA CONTRA VERCINGETÓRIX

Julio César 93

CAMPAÑA EN LAS CERCANÍAS DE LÉRIDA

Julio César 141

PASIÓN Y MUERTE DE JESUCRISTO

San Juan Evangelista 169

CONQUISTA DE JERUSALÉN POR LOS ROMANOS

Flavio Josefo 175

LA ERUPCIÓN DEL VESUBIO QUE DESTRUYÓ POMPEYA

Plinio el Joven 217

CAMPAÑA CONTRA LOS PERSAS

Ammiano Marcelino 227

INSIDIAS CONTRA EL OBISPO PRETEXTATO

Gregorio de Tours 261

RETRATO DE CARLOMAGNO

Eginbardo 275

CONSAGRACIÓN DE FELIPE I DE FRANCIA	
<i>acta de la ceremonia</i>	281
PARLAMENTO DE URBANO II EN EL CONCILIO DE CLERMONT	
<i>actas del concilio</i>	285
RELACIÓN SUCINTA DE LA PRIMERA CRUZADA	
<i>por sus propios jefes</i>	287
CONQUISTA DE JERUSALÉN POR LOS CRUZADOS	
<i>anónimo</i>	291
ASESINATO DEL ARZOBISPO DE TARRAGONA BERENGUER DE VILADEMULS,	
<i>acta notarial</i>	297
LAS NAVAS DE TOLOSA	
<i>Rodrigo Ximénez de Rada y Arnau Aymerich</i>	301
CONQUISTA DE MALLORCA	
<i>Jaime I el Conquistador</i>	323
BATALLA DE MANSURA Y CAUTIVIDAD DE SAN LUIS, REY DE FRANCIA,	
<i>Luis IX</i>	361
MARAVILLAS DE ASIA	
<i>Marco Polo</i>	367
DECLARACIÓN DE UN TEMPLARIO EN EL PROCESO CONTRA LA ORDEN DEL TEMPLE,	
<i>Emery de Villars-le-Duc</i>	429
VIAJE DE UN INFANTE DE CUATRO MESES	
<i>Ramón Muntaner</i>	431
BATALLA DE NÁJERA	
<i>Pedro López de Ayala</i>	437
BATALLA DE ALJUBARROTA	
<i>Pedro López de Ayala</i>	451
LUCHA ENTRE BORGÑOONES Y ARMAÑAQUES EN PARÍS	
<i>Aznar Pardo de la Casta y Enguerrand de Monstrelet</i>	461
PROCESO Y MUERTE DE JUANA DE ARCO	
<i>Juana de Arco e Isambert de la Pierre</i>	473
EL PASO HONROSO DE SUERO DE QUIÑONES	
<i>Pedro Rodríguez de Lena</i>	479
MUERTE DE DON ÁLVARO DE LUNA	
<i>Crónica de Juan II</i>	491
DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO	
<i>Cristóbal Colón</i>	499

- ATENTADO CONTRA FERNANDO EL CATÓLICO
Pere Miquel Carbonell 511
- VIAJE AL CONTINENTE AMERICANO
Américo Vespucio 519
- DESAFÍO ENTRE ONCE ESPAÑOLES Y ONCE FRANCESES
Historia del Gran Capitán 539
- EL COMUNERO JUAN DE PADILLA ANTE JUANA LA LOCA
acta notarial de la entrevista 551
- EPISODIOS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO
Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo 557
- PARTE DE LA BATALLA DE VILLALAR A CARLOS I
conde de Haro 589
- LOS ESPAÑOLES DAN LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO
Antonio Pigafetta 593
- BATALLA DE PAVÍA
Sébastien Moreau y Guillaume du Bellay 625
- FRANCISCO I PRISIONERO EN MADRID
acta notarial 635
- EL SACO DE ROMA
Benvenuto Cellini y Jacobo Bonaparte 641
- HAZAÑAS DE DIEGO GARCÍA DE PAREDES
escritas por él mismo 673
- DESCUBRIMIENTOS, COLONIZACIÓN Y DISCORDIAS
EN TIERRA FIRME, *Pascual de Andagoya* 683
- DESCUBRIMIENTOS Y CONQUISTAS EN RÍO DE LA PLATA
Y PARAGUAY, *Ulrico Schmidel* 753
- AVENTURAS DE TRES ESPAÑOLES Y UN NEGRO
Alvar Núñez Cabeza de Vaca 763
- EXPEDICIONES EN CHILE Y REBELIÓN
DE GONZALO PIZARRO EN EL PERÚ, *Pedro de Valdivia* 773
- BATALLA DE MÜHLBERG
Luis de Ávila y Zúñiga 789
- ASPECTOS DEL CONCILIO DE TRENTO
Martín Pérez de Ayala 807
- BATALLA DE SAN QUINTÍN
François de Rabutin 811

- MUERTE DE ENRIQUE II DE FRANCIA
mariscal de Vieilleville 843
- EL DESASTRE DE LOS GELVES
anónimo 849
- CONSTRUCCIÓN DE EL ESCORIAL
padre José de Sigüenza 875
- BATALLA DE LEPANTO
fray Miguel Servia 881
- LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ
Margarita de Valois y Agrippa d'Aubigné 887
- HEROICA ACTITUD DE MIGUEL DE CERVANTES
CAUTIVO EN ARGEL, *fray Diego de Haedo* 899
- ANTONIO PÉREZ EN EL BEARNE
declaraciones e informes secretos 905
- UN SOLDADO ESPAÑOL EN EL MEDITERRÁNEO
Alonso de Contreras 917
- ASESINATO DE ENRIQUE IV DE FRANCIA
Pierre de l'Estoile y la reina María de Médicis 921
- LA CONJURACIÓN DE VENECIA
duque de Estrada 925
- LA SUBLEVACIÓN DE NÁPOLES DIRIGIDA POR MASANIELLO
tres cartas 933
- LOS PRIMEROS BORBONES DE ESPAÑA
Louis de Rouvroy 951
- LA BASTILLA EN TIEMPOS DE LUIS XIV
Constantin de Renneville 961
- PERSONAJES DE LA CORTE DE LUIS XIV Y DE LA MINORIDAD
DE LUIS XV, *princesa Palatina* 999
- PEDRO EL GRANDE DE RUSIA EN PARÍS
Louis de Rouvroy 1033
- UN ATENTADO CONTRA LA VIDA DE LUIS XV
Dufort de Cheverny 1037
- INFORME MÉDICO SOBRE LA MELANCOLÍA DE FERNANDO VI
Andrés Piquer 1047
- LA EMPERATRIZ CATALINA II DE RUSIA
Luis-Philippe de Ségur 1051

- LA TOMA DE LA BASTILLA
Paul Nicolas Barras 1069
- GUARDIAS DE CORPS FIELES AL REY DE FRANCIA
duque de Guiche 1077
- UNA VISITA AL GENERAL WASHINGTON
François-René de Chateaubriand 1085
- LAS PRISIONES DE LYON BAJO EL TERROR
Antoine François Delandine 1093
- FINAL DE ROBESPIERRE
Paul Nicolas Barras 1107
- NAPOLEÓN EN LAS JORNADAS DEL 18 Y 19 DE BRUMARIO
príncipe de Talleyrand y Joseph Fouché 1125
- ALÍ BEY EN MARRUECOS
Domingo Badía 1155
- UN TOLEDANO INCOMBUSTIBLE CAUSA SENSACIÓN EN PARÍS
Journal des Débats 1171
- CORONACIÓN DE NAPOLEÓN I
Journal des Débats 1175
- BATALLA DE TRAFALGAR
Antonio Alcalá Galiano 1179
- BATALLA DE AUSTERLITZ
barón de Marbot 1189
- BATALLA DE EYLAU
barón de Marbot 1201
- EL MOTÍN DE ARANJUEZ
Manuel Godoy 1213
- LAS ENTREVISTAS DE BAYONA
Juan de Escóiquiz 1245
- EL DOS DE MAYO
José Mor de Fuentes, conde de Toreno y Ramón de Mesonero Romanos 1267
- CAMBIO DE NOTAS ENTRE MONCEY Y PALAFOX
EN EL SITIO DE ZARAGOZA 1299
- NAPOLEÓN EN SOMOSIERRA Y ASTORGA. SITIO Y RENDICIÓN
DE ZARAGOZA, *barón de Marbot* 1303
- PRIMERA SESIÓN DE LAS CORTES DE CÁDIZ
conde de Toreno 1327

- EL INCENDIO DE MOSCÚ
conde de Ségur 1337
- REGIMIENTOS ESPAÑOLES EN RUSIA
Rafael de Llanza 1375
- REGRESO DE NAPOLEÓN DE LA ISLA DE ELBA
Journal des Débats 1401
- NAPOLEÓN PARTE PARA SANTA HELENA
The Times 1405
- LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL
J. G. Pérez y Simón Bolívar 1413
- LA FAMILIA REAL ESPAÑOLA LLEVADA A CÁDIZ,
POR EL GOBIERNO CONSTITUCIONAL, *Fernando VII* 1423
- LA REVOLUCIÓN DE JULIO DE 1830 EN PARÍS
príncipe de Joinville 1453
- LOS HERMANOS SIAMESES
Journal des Débats 1467

VOLUMEN SEGUNDO

- PARÍS EN TIEMPOS DE LUIS FELIPE
José Mor de Fuentes 1469
- MUERTE DEL GENERAL ZUMALACÁRREGUI
Grediaga 1493
- EL ALZAMIENTO CONTRA ESPARTERO EN ANDALUCÍA
Ramón de Mesonero Romanos 1513
- EXPEDICIÓN ESPAÑOLA EN DEFENSA DE PÍO IX
Fernando Fernández de Córdova 1521
- BODA DE NAPOLEÓN III CON EUGENIA DE MONTIJO
Le Moniteur 1557
- INGLESES Y FRANCESES DESEMBARCAN EN CRIMEA
The Times 1563
- BATALLA DE LOS CASTILLEJOS
Pedro Antonio de Alarcón 1575
- GARIBALDI EN SICILIA
Illustrated London News 1597

- PRIMERA TRAVESÍA DEL CANAL DE SUEZ
The Scotsman 1603
- LA CORONA ESPAÑOLA Y LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA
Otto von Bismarck 1613
- NAPOLEÓN III DERROTADO EN SEDÁN
Daily News 1631
- NACIMIENTO DE ALFONSO XIII E IMPRESIONES SOBRE
EL KAISER GUILLERMO II Y OTROS SOBERANOS EUROPEOS
Eulalia de Borbón 1641
- EXPLORANDO EL ÁFRICA
H. M. Stanley 1655
- MUERTE DEL ARCHIDUQUE RODOLFO DE HABSBURGO
EN MAYERLING, *Luisa de Bélgica* 1663
- LA GUERRA DE INDEPENDENCIA CUBANA
Estrada Palma y el general Valeriano Weyler 1677
- LA ESCUADRA ESPAÑOLA EN EL COMBATE DE SANTIAGO
DE CUBA, *Víctor M. Concas* 1685
- SEGUNDO CONSEJO DE GUERRA CONTRA EL CAPITÁN DREYFUS
Daily Telegraph 1715
- EL DOMINGO SANGRIENTO EN SAN PETERSBURGO
The Times 1723
- BODA DE ALFONSO XIII Y ATENTADO EN LA CALLE MAYOR
*Pilar de Baviera y el comandante Desmond
Chapman-Huston* 1727
- ENTIERRO DE EDUARDO VII DE INGLATERRA Y CORONACIÓN
DE JORGE V, *Aga Khan* 1741
- RETIRADA ALIADA DE AGOSTO DE 1914
The Times 1745
- CÓMO MATÉ A RASPUTÍN
Félix Yusupof 1751
- ENTRADA EN DAMASCO
coronel T. E. Lawrence 1795
- UNA FAMILIA NOBLE RUSA HUYE DE LOS BOLCHEVIQUES
María de Rusia 1809
- LA RUSIA SOVIÉTICA EN 1920
H. G. Wells 1831

- DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA DE TUTANKHAMÓN
The Times 1855
- ÚLTIMO DÍA DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA
Dámaso Berenguer 1859
- INCENDIO DEL REICHSTAG
Daily Express 1881
- LA DEFENSA DE MADRID
coronel Vicente Rojo 1885
- LA LEGIÓN ESPAÑOLA EN TIERRAS ARAGONESAS
Peter Kemp 1925
- EL PACTO DE MÚNICH
sir Neville Henderson 1953
- LIBERACIÓN DE MADRID
Julio Palacios 1979
- EMPIEZA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
Joachim von Ribbentrop 2003
- EL GOBIERNO BRITÁNICO DE SEPTIEMBRE DE 1939 A MAYO
 DE 1940, *Winston Churchill* 2019
- DERRUMBAMIENTO DE FRANCIA EN JUNIO DE 1940
Charles De Gaulle 2069
- HUNDIMIENTO DEL «PRINCE OF WALES» Y DEL «REPULSE»
Daily Express 2107
- CERCO DE STALINGRADO
mariscal Friedrich Paulus 2121
- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL AL EMPEZAR EL AÑO 1943
Galeazzo Ciano 2143
- MUSSOLINI LIBERTADO EN EL GRAN SASSO
Otto Skorzeny y Benito Mussolini 2161
- BERLÍN BOMBARDEADO EN NOVIEMBRE DE 1943
Paul Joseph Goebbels 2177
- DESEMBARCO DE LOS ALIADOS EN NORMANDÍA
Dwight D. Eisenhower 2201
- LA LIBERACIÓN DE PARÍS
Charles De Gaulle 2243
- LAS SENTENCIAS DEL PROCESO DE NÚREMBERG
Daily Herald 2271

LA ESPAÑA DE LA POSGUERRA	
<i>Bartolomé Barba Hernández</i>	2277
LA GUERRA CIVIL CHINA	
<i>Mao Tsé-tung</i>	2293
EL NACIMIENTO DEL ESTADO DE ISRAEL	
<i>David Ben Gurión</i>	2307
EL BLOQUEO DE BERLÍN	
<i>Willy Brandt</i>	2323
EL NACIMIENTO DE LA REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA	
<i>Konrad Adenauer</i>	2343
LA «CAZA DE BRUJAS»	
<i>Charles Chaplin «Charlot»</i>	2373
LOS INICIOS DE LA UNIDAD ECONÓMICA EUROPEA	
<i>Konrad Adenauer</i>	2391
LA CAÍDA DE ALLENDE	
<i>Joan E. Garcés</i>	2413
EL CASO WATERGATE	
<i>Carl Bernstein y Bob Woodward</i>	2461
LA REVOLUCIÓN DE LOS CLAVELES	
<i>Xavier Roig</i>	2539
LA LUCHA CONTRA EL APARTHEID	
<i>Nelson Mandela</i>	2595
LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA	
<i>Santiago Carrillo, Adolfo Suárez y Alfonso Guerra</i>	2631
LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN	
<i>Jaume Vallcorba</i>	2683
EL HUNDIMIENTO DE LA URSS	
<i>Mijail Gorbachov</i>	2689
LA GUERRA DEL GOLFO	
<i>Juan María Calvo et alter</i>	2717
EL ATAQUE TERRORISTA DEL 11 DE SEPTIEMBRE	
<i>Informe oficial del gobierno norteamericano</i>	2761
LA GUERRA DE IRAK	
<i>periodistas de la agencia EFE</i>	2811
<i>Procedencia de los textos</i>	2857

AL LECTOR

Esta obra pretende ofrecer al lector una serie de acontecimientos ocurridos en la historia y descritos por testigos directos. En esto reside la intención y la originalidad de la obra que, por lo que sabemos, no cuenta con precedentes de tanta amplitud geográfica y cronológica. Las ciento cincuenta y tres narraciones que comprende afectan a todos los continentes y a veintiséis siglos de historia de la humanidad, concretamente desde el verano del año 430 antes de Jesucristo, cuando sobre Atenas cayó una terrible epidemia, hasta el año 2003, en que el presidente George Bush declaró la guerra a Irak.

La importancia o la trascendencia de los ciento cincuenta y tres relatos aquí reunidos es muy diversa, pues van desde la pasión y muerte de Jesucristo, la conquista de Jerusalén por los cruzados, la llegada de Colón a América, la batalla de Lepanto, la toma de la Bastilla o la liberación de París hasta sucesos de ámbito menor, como la erupción del Vesubio que destruyó Pompeya, las declaraciones de un templario procesado, las heroicidades de un Suero de Quiñones o de un García de Paredes, el informe médico sobre la melancolía de Fernando VI, sobre la muerte de Zumalacárregui, o incluso el asombro que produjo a la sociedad de París un toledano incombustible. Los autores de estas narraciones fueron forzosamente, como nos hemos impuesto, testigos directos de lo que relatan. Solamente hemos hecho una excepción, que consideramos plenamente justificada: la de la muerte de Sócrates, que aparece descrita por su discípulo Platón, quien materialmente no estuvo a su lado cuando el sabio bebió la cicuta, pero que se informó detalladamente de ello por los amigos que presenciaron tan histórico trance. En cuanto a su condición, los autores de los que hemos tomado fragmentos son de gran diversidad, pues van del cronista

profesional que escribe la historia hasta el periodista que envía una crónica a su diario. Por otra parte, algunos de nuestros narradores son, precisamente, los propios protagonistas o héroes del hecho, como Julio César narrando sus campañas, Jaime el Conquistador describiendo la conquista de Mallorca, Cristóbal Colón anotando los mínimos detalles de su llegada a América, Manuel Godoy explicando, a su manera, el motín de Aranjuez, Adolfo Suárez explicando la complejidad de la transición española o Mijaíl Gorbachov describiendo el hundimiento del sistema soviético.

El lector no debe olvidar jamás que, por lo general, va a leer unas versiones parciales de ciertos hechos históricos. El autor está tan cerca de ellos y, las más de las veces, tan comprometido con lo que narra, que forzosamente se ha de mostrar parcial, aunque haga todo lo posible por ser ecuánime y objetivo. Por esta razón a veces hemos incluido dos o tres relatos de dos o tres autores que vivieron el mismo acontecimiento, lo que no deja de ofrecer cierta curiosidad cuando testigos lo ven desde diferente bando o actitud. No obstante, la falta de objetividad no quita valor al relato, pues por su condición de testimonio inmediato y directo nos transmite una serie de valores, de detalles y de impresiones que en vano buscaríamos en el mejor y más sereno historiador que se hallara alejado del hecho.

En el fondo—y de ahí el título de nuestra obra—hemos reunido una larga serie de «reportajes», desde la antigüedad clásica hasta nuestros días. Creemos que cada uno de estos ciento cincuenta y tres relatos tendría lícita cabida y buena aceptación en una revista o magazine de nuestros días si el hecho que recogen acabara de acaecer. Ningún director de una publicación de este tipo rebusaría una «crónica» como la descripción de la batalla de Mühlberg por Luis de Ávila, un «reportaje» como el de Marco Polo sobre las maravillas del Lejano Oriente, un «suceso» como la muerte de Rasputín descrita por el príncipe Yusúpof, su asesino, la nota social de la coronación de Napoleón, los chismes sobre la corte de Luis XIV y de Luis XV de la

princesa Palatina, la «caza de brujas» descrita por Charles Chaplin o los periodistas norteamericanos Bernstein y Woodward narrando los entresijos del escándalo Watergate.

Se nos ofrecía para seleccionar un panorama inmenso, y nos hemos visto obligados a escoger según nuestro personal criterio. Muchos echarán de menos determinado hecho o determinado autor, y para otros sobraré algo de lo aquí incluido. La historia del mundo es muy dilatada, y era preciso reducirse a ciertos límites. Los especialistas, que con más fundamento podrían criticarnos, deben tener en cuenta que esta obra va destinada a un público culto no especializado que lee con gusto relatos de materia histórica.

Por lo general los textos en lengua no castellana han sido traducidos de su lengua originaria; no obstante, para ciertos relatos, existiendo ya buenas versiones castellanas, hemos recurrido a ellas indicando el nombre del traductor y la editorial que las ha publicado, pues es muy verosímil que más de un lector, complacido por el fragmento que hemos seleccionado, quiera leer la obra completa.

M. R. & B. R.

LA PESTE DE ATENAS

TUCÍDIDES

El ateniense Tucídides, nacido entre los años 460 y 455 antes de Jesucristo, y muerto entre 399 y 396, es considerado el mejor de los historiadores griegos principalmente por su penetración y hondura políticas. Su obra, Historia de la guerra del Peloponeso, va dedicada a unos acontecimientos en los que él participó, por lo que constituye un documento de primera mano de valor inapreciable. El año 430 cayó sobre Atenas una terrible epidemia, tal vez peste bubónica o tifus, que causó grandes estragos en la ciudad. Tucídides no tan sólo se halló presente durante el desarrollo del grave azote, sino que, como no deja de hacer notar, fue afectado por la enfermedad, lo que le permite dar una vivida relación de la calamidad pública y describir sus síntomas y sus características con extraordinaria propiedad. La descripción de la peste de Atenas, breve pero impresionante, es, además, uno de los fragmentos más justamente celebrados de la prosa griega clásica, y ha sido modelo literario para gran número de escritores que han tenido que hacer relatos semejantes, e incluso ha merecido modernamente estudios desde el punto de vista médico.

En la Historia de la guerra del Peloponeso la descripción de la peste de Atenas, que a continuación ofrecemos íntegra, proceden del libro segundo de la traducción de Juan José Torres Esbarranch (Gredos, Madrid, 1990).

Así se celebraron los funerales en este invierno, transcurrido el cual terminó el primer año de esta guerra. Y tan pronto como comenzó el verano, los peloponesios y sus aliados, con dos tercios de sus fuerzas, invadieron, como la primera vez, el Ática; los mandaba Arquidamo, hijo de Zeuxidamo,

rey de los lacedemonios. Y después de tomar posiciones procedieron a devastar el territorio. No hacía aún muchos días que estaban en el Ática cuando comenzó a declararse por primera vez entre los atenienses la epidemia, que, según se dice, ya había hecho su aparición anteriormente en muchos sitios, concretamente por la parte de Lemnos y en otros lugares, aunque no se recordaba que se hubiera producido en ningún sitio una peste tan terrible y una tal pérdida de vidas humanas. Nada podían hacer los médicos por su desconocimiento de la enfermedad que trataban por primera vez; al contrario, ellos mismos eran los principales afectados por cuanto que eran los que más se acercaban a los enfermos; tampoco servía de nada ninguna otra ciencia humana. Elevaron, asimismo, súplicas en los templos, consultaron a los oráculos y recurrieron a otras prácticas semejantes; todo resultó inútil, y acabaron por renunciar a estos recursos vencidos por el mal.

Apareció por primera vez, según se dice, en Etiopía, la región situada más allá de Egipto, y luego descendió hacia Egipto y Libia y a la mayor parte del territorio del rey. En la ciudad de Atenas se presentó de repente y atacó primeramente a la población del Pireo, por lo que circuló el rumor entre sus habitantes de que los peloponesios habían echado veneno en los pozos, dado que todavía no había fuentes en la localidad. Luego llegó a la ciudad alta, y entonces la mortandad ya fue mucho mayor. Sobre esta epidemia, cada persona, tanto si es médico como si es profano, podrá exponer, sin duda, cuál fue, en su opinión, su origen probable así como las causas de tan gran cambio que, a su entender, tuvieron fuerza suficiente para provocar aquel proceso. Yo, por mi parte, describiré cómo se presentaba; y los síntomas con cuya observación, en el caso de que un día sobreviniera de nuevo, se estaría en las mejores condiciones para no errar en el diagnóstico, al saber algo de antemano, también voy a mostrarlos, porque yo mismo padecí la enfermedad y vi personalmente a otros que la sufrían.

Aquel año, como todo el mundo reconocía, se había visto particularmente libre de enfermedades en lo que a otras dolencias se refiere; pero si alguien había contraído ya alguna, en todos los casos fue a parar a ésta. En los demás casos, sin embargo, sin ningún motivo que lo explicase, en plena salud y de repente, se iniciaba con una intensa sensación de calor en la cabeza y con un enrojecimiento e inflamación en los ojos; por dentro, la faringe y la lengua quedaban enseguida inyectadas, y la respiración se volvía irregular y despedía un aliento fétido. Después de estos síntomas, sobrevenían estornudos y ronquera, y en poco tiempo el mal bajaba al pecho acompañado de una tos violenta; y cuando se fijaba en el estómago, lo revolvía y venían vómitos con todas las secreciones de bilis que han sido detalladas por los médicos, y venían con un malestar terrible. A la mayor parte de los enfermos les vinieron también arcadas sin vómito que les provocaban violentos espasmos, en unos casos luego que remitían los síntomas precedentes y, en otros, mucho después. Por fuera el cuerpo no resultaba excesivamente caliente al tacto, ni tampoco estaba amarillento, sino rojizo, cárdeno y con un exantema de pequeñas ampollas y de úlceras; pero por dentro quemaba de tal modo que los enfermos no podían soportar el contacto de vestidos y lienzos muy ligeros ni estar de otra manera que desnudos, y se habrían lanzado al agua fría con el mayor placer. Y esto fue lo que en realidad hicieron, arrojándose a los pozos, muchos de los enfermos que estaban sin vigilancia, presos de una sed insaciable; pero beber más o beber menos daba lo mismo. Por otra parte, la imposibilidad de descansar y el insomnio los agobiaban continuamente. El cuerpo, durante todo el tiempo en que la enfermedad estaba en plena actividad, no quedaba agotado, sino que resistía inesperadamente el sufrimiento; así, o perecían, como era el caso de la mayoría, a los nueve o a los siete días, consumidos por el calor interior, quedándoles todavía algo de fuerzas, o, si conseguían superar esta crisis, la enfermedad seguía su

descenso hasta el vientre, donde se producía una fuerte ulceración a la vez que sobrevenía una diarrea sin mezclar, y, por lo común, se perecía a continuación a causa de la debilidad que aquélla provocaba. El mal, después de haberse instalado primero en la cabeza, comenzando por arriba recorría todo el cuerpo, y si uno sobrevivía a sus acometidas más duras, el ataque a las extremidades era la señal que dejaba: afectaba, en efecto, a los órganos genitales y a los extremos de las manos y de los pies; y muchos se salvaban con la pérdida de estas partes, y algunos incluso perdiendo los ojos. Otros, en fin, en el momento de restablecerse, fueron víctimas de una amnesia total y no sabían quiénes eran ellos mismos ni reconocían a sus allegados.

La naturaleza de esta enfermedad fue tal que escapa sin duda a cualquier descripción; atacó a cada persona con más virulencia de la que puede soportar la naturaleza humana, pero sobre todo demostró que era un mal diferente a las afecciones ordinarias en el siguiente detalle: las aves y los cuadrúpedos que comen carne humana, a pesar de haber muchos cadáveres insepultos, o no se acercaban, o si los probaban perecían. Y he aquí la prueba: la desaparición de este tipo de aves fue notoria, y no se las veía ni junto a ningún cadáver ni en ningún otro sitio; los perros, en cambio, por el hecho de vivir con el hombre, hacían más fácil la observación de los efectos.

Tal era, pues, en general el carácter de la enfermedad, dejando a un lado otros muchos aspectos extraordinarios, dado que cada caso presentaba alguna particularidad que lo diferenciaba de otros. Y durante aquel tiempo ninguna de las enfermedades corrientes hacía sentir sus efectos, y si sobrevenía alguna, acababa en aquélla. Unos morían por falta de cuidados y otros a pesar de estar perfectamente atendidos. No se halló ni un solo remedio, por decirlo así, que se pudiera aplicar con seguridad de eficacia; pues lo que iba bien a uno a otro le resultaba perjudicial. Ninguna constitución,

fuera fuerte o débil, se mostró por sí misma con bastante fuerza frente al mal; éste se llevaba a todos, incluso a quienes eran tratados con todo tipo de dietas. Pero lo más terrible de toda la enfermedad era el desánimo que se apoderaba de uno cuando se daba cuenta de que había contraído el mal (porque entregando al punto su espíritu a la desesperación, se abandonaban por completo sin intentar resistir), y también el hecho de que morían como ovejas al contagiarse debido a los cuidados de los unos hacia los otros: esto era sin duda lo que provocaba mayor mortandad. Porque si, por miedo, no querían visitarse los unos a los otros, morían abandonados, y muchas casas quedaban vacías por falta de alguien dispuesto a prestar sus cuidados; pero si se visitaban, perecían, sobre todo quienes de algún modo hacían gala de generosidad, pues, movidos por su sentido del honor no tenían ningún cuidado de sí mismos entrando en casa de sus amigos cuando, al final, a los mismos familiares, vencidos por la magnitud del mal, ya no les quedaban fuerzas ni para llorar a los que se iban. No obstante, eran los que ya habían salido de la enfermedad quienes más se compadecían de los moribundos y de los que luchaban con el mal por conocerlo por propia experiencia y hallarse ya ellos en seguridad; la enfermedad, en efecto, no atacaba por segunda vez a la misma persona, al menos hasta el punto de resultar mortal. Así, recibían el parabién de los demás, y ellos mismos debido a su extraordinaria alegría del momento abrigaban para el futuro la vana esperanza de que ya ninguna enfermedad podría acabar con ellos.

En medio de sus penalidades les supuso un mayor agobio la aglomeración ocasionada por el traslado a la ciudad de las gentes del campo, y quienes más lo padecieron fueron los refugiados. En efecto, como no había casas disponibles y habitaban en barracas sofocantes debido a la época del año, la mortandad se producía en una situación de completo desorden; cuerpos de moribundos yacían unos sobre otros, y personas medio muertas se arrastraban por las calles y alrededor

de todas las fuentes movidos por su deseo de agua. Los santuarios en los que se habían instalado estaban llenos de cadáveres, pues morían allí mismo; y es que ante la extrema violencia del mal, los hombres, sin saber lo que sería de ellos, se dieron al menosprecio tanto de lo divino como de lo humano. Todas las costumbres que antes observaban en los entierros fueron trastornadas y cada uno enterraba como podía. Muchos recurrieron a sepelios indecorosos debido a la falta de medios, por haber tenido ya muchas muertes en su familia; en piras ajenas, anticipándose a los que las habían apilado, había quienes ponían su muerto y prendían fuego; otros, mientras otro cadáver ya estaba ardiendo, echaban encima el que ellos llevaban y se iban. También en otros aspectos la epidemia acarrió a la ciudad una mayor inmoralidad. La gente se atrevía más fácilmente a acciones con las que antes se complacía ocultamente, puesto que veían el rápido giro de los cambios de fortuna de quienes eran ricos y morían súbitamente, y de quienes antes no poseían nada y de repente se hacían con los bienes de aquéllos. Así aspiraban al provecho pronto y placentero, pensando que sus vidas y sus riquezas eran igualmente efímeras. Y nadie estaba dispuesto a sufrir penalidades por un fin considerado noble, puesto que no tenía la seguridad de no perecer antes de alcanzarlo. Lo que resultaba agradable de inmediato y lo que de cualquier modo contribuía a ello, esto fue lo que pasó a ser noble y útil. Ningún temor de los dioses ni ley humana los detenía; de una parte juzgaban que daba lo mismo honrar o no honrar a los dioses, dado que veían que todo el mundo moría igualmente, y, en cuanto a sus culpas, nadie esperaba vivir hasta el momento de celebrarse el juicio y recibir su merecido; pendía sobre sus cabezas una condena mucho más grave que ya había sido pronunciada, y antes de que les cayera encima era natural que disfrutaran un poco de la vida.

Tal era el agobio de la desgracia en que se veían sumidos los atenienses; la población moría dentro de las murallas y el

país era devastado fuera. Y en medio de su infortunio, como era natural, se acordaron particularmente de este verso, que los más viejos afirmaban haber oído recitar hacía tiempo:

Vendrá una guerra doria y con ella una peste.

Por cierto que surgió una discusión entre la gente respecto a que la palabra usada por los antiguos en el verso no era «peste», sino «hambre», pero en aquellas circunstancias ven-
ció, naturalmente, la opinión de que se había dicho «peste»; la gente, en efecto, acomodaba su memoria al azote que padecía. Y sospecho que si después de ésta un día estalla otra guerra doria y sobreviene el hambre, recitarán el verso con toda probabilidad en este sentido. También acudió a la memoria de quienes lo conocían el oráculo dado a los lacedemonios cuando habían preguntado al dios si debían emprender la guerra y éste les había respondido que, si hacían la guerra con todas sus fuerzas, la victoria sería suya, y les había prometido que él mismo les prestaría su ayuda. Suponían, pues, que los hechos se desarrollaban conforme al oráculo: la epidemia, en efecto, se había declarado así que los peloponesios habían efectuado la invasión; y no se extendió al Peloponeso, al menos de forma que valga la pena mencionar, sino que se fue cebando sobre todo en Atenas y luego en las localidades más pobladas de otras regiones. Éstos son los hechos relativos a la epidemia.

LA RETIRADA DE LOS DIEZ MIL

JENOFONTE

El escritor ateniense Jenofonte (que vivió aproximadamente entre los años 427 y 355 antes de Jesucristo), discípulo de Sócrates y hombre lleno de curiosidad y de aficiones muy diversas, debido a su amistad con el general Próxeno se incorporó a la expedición de un ejército griego que pasó a Asia para apoyar a Ciro el Joven, que pretendía desposeer a su hermano Artajerjes del reino de Persia. Pero el ejército de los partidarios de Ciro fue derrotado en la batalla de Cunaxa (3 de septiembre de 401), donde sólo resistió el ejército griego, que pronto se encontró sin generales, que fueron apresados por los persas, y en plena Asia Menor, sin probabilidades de subsistir ni de regresar a la patria. Entonces Jenofonte se hizo cargo de la situación y de la jefatura del ejército, y logró que, remontando el curso del Tigris y atravesando Armenia, llegara hasta el Mar Negro y, desde allí, costeando alcanzara Grecia.

Jenofonte, a quien el azar le había deparado tan extraordinaria aventura y que se había improvisado como un hábil estratega, narró las incidencias de la expedición en un libro llamado Anábasis (o sea, «la subida»), en el que trata de cuanto presencié y habla de sí mismo en tercera persona, recurso que volveremos a hallar en las obras de Julio César. Jenofonte escribe con sencillez, elegancia y acertados toques, pues no en vano, en este libro, describe la mayor aventura de su vida. Los fragmentos que reproducimos proceden del libro segundo de la traducción de la Anábasis realizada por Ramón Bach Pellicer (Gredos, Madrid, 2000).

*Retrato de
los generales
griegos
apresados
por los persas
después de
la batalla
de Cunaxa*

Los estrategos así capturados, fueron conducidos al rey y murieron decapitados. Uno de ellos, Clearco, según reconocían todos los que le trataron, era considerado como un hombre de las más extremadas condiciones militares y de una desmesurada afición a la guerra. En efecto, mientras duró la guerra entre los lacedemonios y los atenienses, permaneció allí. Pero cuando se firmó la paz, convenció a su ciudad de que los tracios perjudicaban a los griegos y, tras obtener como pudo la autorización de los éforos, se hizo a la mar con la intención de hacer la guerra a los tracios del otro lado del Quersoneso y de Perinto. Y cuando los éforos, habiendo cambiado de opinión, estando ya él fuera, pretendieron que retornara del istmo, entonces ya no los obedeció sino que se fue navegando rumbo al Helesponto. Seguidamente fue condenado a muerte por los magistrados de Esparta por insubordinación. Y, ya en el exilio, se dirige al encuentro de Ciro. Ya ha quedado escrito en otro lugar de qué razones se valió para convencer a Ciro que, finalmente, le dio diez mil daricos. Los cogió Clearco, pero no se entregó a la vida fácil, sino que con este dinero reclutó un ejército e hizo la guerra a los tracios, los venció, saqueó después su país y continuó la guerra hasta que Ciro necesitó el ejército. Entonces volvió para hacer la guerra a su lado. Estas acciones me parecen propias de un hombre amante de la guerra, que, pudiendo vivir tranquilo sin deshonor ni perjuicio, prefiere luchar. Pudiendo llevar una vida fácil, prefiere el esfuerzo con tal de poder hacer la guerra; pudiendo conservar el dinero sin riesgos, prefiere gastarlo haciendo la guerra. Clearco, al igual que uno gasta en amoríos o en cualquier otro placer, prefería gastar en la guerra. Tan amante de la guerra era. Y parecía ser apto para ella, porque era amante del riesgo, llevando de día y de noche a sus hombres contra el enemigo, y prudente en los momentos críticos, según reconocían todos los que en cualquier parte estaban con él.

Se decía, además, que era hábil en el mando, en la medida en que era posible en un hombre de carácter como el suyo. Además era capaz, como cualquier otro, de preocuparse de que su ejército tuviera víveres y de proporcionárselos, y conseguía infundir en los presentes la idea de que había que obedecer a Clearco. Y lo lograba por la firmeza de su carácter. Tenía un aspecto que infundía temor y la voz áspera; castigaba siempre con rigor y era a veces colérico, hasta el punto de que en ocasiones se arrepentía. Castigaba por convicción, pues consideraba que ningún provecho se obtenía de un ejército indisciplinado. Según contaban, él afirmaba que un soldado debía temer más a su jefe que al enemigo, si se pretendía conseguir que hiciesen las guardias con atención, que defendiesen un territorio amigo o que atacasen sin demora al enemigo. Así, pues, en los momentos difíciles los soldados preferían obedecerlo precisamente a él y no elegían otro jefe. Decían que su aspecto temible aparecía entonces sereno entre los demás rostros, y su severidad era firmeza contra los enemigos, de manera que le veían como la salvación y no ya como objeto de temor. Pero cuando salían del peligro y podían pasar a las órdenes de otro, muchos lo abandonaban, pues no tenía atractivo y siempre era duro y cruel, de modo que los soldados se comportaban con él como los niños con el maestro. Ciertamente, nunca tenía personas que lo siguieran por amistad o por simpatía. Sabía hacerse obedecer sin contemplaciones de quienes, ya por obligarlos su patria, ya por su propio interés o por otra necesidad cualquiera, se veían forzados a estar bajo sus órdenes. Pero cuando empezaron a vencer con él a los enemigos, había ya grandes razones para que se hicieran unos magníficos soldados luchando a su lado. Tenían arrojo frente a los enemigos, y el temor de ser castigados por él les hacía disciplinados. Tales eran sus cualidades de jefe. Se decía, sin embargo, que a duras penas aceptaba estar a las órdenes de otros. Cuando murió tenía cincuenta años.

Próxeno de Beocia, ya siendo adolescente, deseaba llegar a ser un hombre capaz de grandes proezas. Con este afán dio dinero a Gorgias de Leontinos. Después de que tuvo trato con él, creyendo que ya era apto para mandar y que, teniendo amigos importantes, podría corresponder a los favores que le hicieran, tomó parte en esta expedición con Ciro. Creía que iba a conseguir en ella un gran nombre, mucho poder e innumerables riquezas. Pero, a pesar de que deseaba ardientemente tantas cosas, también estaba claro que ninguna de ellas aceptaría conseguir con injusticia, sino que pensaba que debía obtenerlas con justicia y con honradez, pero sin éstas no. Era capaz de mandar a hombres de categoría. Sin embargo, no podía infundir a sus soldados ni respeto ni temor a su persona, sino que incluso él sentía más respeto ante los soldados que los subordinados ante él. También estaba claro que tenía miedo de hacerse odioso a los soldados más que los soldados temían desobedecerlo. Creía que bastaba—para ser apto para mandar y parecerlo—con alabar al que obraba bien y no elogiar al que obraba mal. Por consiguiente, los hombres de pro que convivían con él le tenían afecto, mientras que los deshonestos conspiraban contra él en la idea de que era fácil de manejar. Cuando murió tenía unos treinta años.

Menón de Tesalia ponía de manifiesto que deseaba a toda costa enriquecerse, quería mandar para obtener más, pretendía recibir honores para incrementar sus ganancias y buscaba la amistad de los más poderosos para no recibir castigo por sus atropellos. Para conseguir lo que deseaba, tenía la idea de que el camino más corto era el perjurio, la mentira y el engaño. En su opinión la sencillez y la verdad eran lo mismo que la necedad. Era evidente que a nadie amaba, y de quien dijera que era amigo, era seguro que contra él conspiraba. De ningún enemigo se burlaba, pero siempre hablaba en tono burlesco de todos los que convivían con él. Contra los bienes de los enemigos no maquinaba, pues creía que era

difícil apoderarse de los de quienes están en guardia, pero los bienes de los amigos creía ser el único en saber que es fácil cogerlos, dado que no están vigilados. A cuantos sabía que eran perjuros y malvados, los temía, en la creencia de que estaban bien armados. Sin embargo, a los piadosos y a los que practicaban la verdad, intentaba utilizarlos como si no fueran hombres. Y así como uno se enorgullece de su piedad, de su sinceridad y de su justicia, del mismo modo Menón se enorgullecía de su capacidad de engaño, de urdir mentiras y de mofarse de los amigos. Al que no era malvado lo consideraba ignorante. Y cuando pretendía ser el primero en la amistad de alguien, pensaba que debía conseguirlo calumniando a los que ya ocupaban ese puesto. Intentaba hacer a sus soldados sumisos mediante la complicidad en sus fechorías. Se consideraba digno de recibir honores y de tener servidores, haciendo alarde de que podría causarles los mayores daños, si quisiera. Si alguien desertaba de su servicio decía que ya era un favor por su parte el no haberlo aniquilado cuando estaba a su servicio. Sobre su persona es posible equivocarse en aspectos poco conocidos, pero lo que todos saben aquí está: siendo todavía joven, consiguió de Aristipo que le nombrara estratega de las tropas extranjeras. Fue amigo íntimo, en esta época, del bárbaro Arico, porque a éste le gustaban los bellos muchachos. El propio Menón, siendo todavía imberbe, mantenía relaciones amorosas con Taripas, que sí tenía barba. Cuando los generales griegos que hicieron la expedición militar al lado de Ciro contra el rey fueron condenados a muerte, él, a pesar de haber hecho lo mismo, no fue condenado. Pero después de la muerte de los demás estrategos fue castigado por el rey a morir, no como Clearco y el resto de los estrategos que fueron decapitados, muerte que parece la más rápida, sino que se dice que alcanzó la muerte viviendo torturado durante un año, como corresponde a un malvado.

Agias de Arcadia y Sócrates de Acaya murieron también. Nadie se mofó de ellos como cobardes en la guerra, ni les

censuró sus relaciones de amistad. Tenían ambos unos treinta y cinco años.

*Comienza
la actuación
de Jenofonte.
Peligro en que
se hallaba el
ejército*

Una vez que los estrategos habían sido detenidos y que los capitanes y los soldados que les acompañaban habían sido ejecutados, en gran apuro se encontraban los griegos, creyendo que estaban a las puertas del rey rodeados por todas partes de muchas tribus y ciudades enemigas y que ya nadie iba a ofrecerles mercado. Además distaban de Grecia no menos de diez mil estadios y ningún guía tenían para el viaje. Ríos infranqueables se interponían en el camino de regreso a la patria. Y los bárbaros que Ciro trajo consigo los habían traicionado. Se habían quedado solos, sin tener siquiera un jinete aliado, de manera que estaba bien claro que, vencedores, a nadie matarían y, derrotados, ninguno de ellos sobreviviría. Con estas consideraciones y estando desanimados, sólo unos pocos al atardecer probaron la comida, y algunos encendieron fuego, y la mayoría no acudieron al campamento aquella noche. Cada cual se acostaba donde buenamente le cogía la noche, no pudiendo dormir de aflicción, de nostalgia de su patria, de sus padres, de sus esposas, de sus hijos, a los que creían que no iba a volver a ver. Con esta disposición de ánimo descansaban todos.

Había en el ejército un ateniense, Jenofonte, que los acompañaba no como estratego, ni como capitán ni como soldado, sino que Próxeno, que era su amigo desde antiguo, lo había animado a dejar su patria. Y le había prometido que, si iba, le procuraría la amistad de Ciro, cosa que él tenía para sí mismo en mayor estima que su propia patria. En efecto, Jenofonte, después de leer la carta, consultó con Sócrates de Atenas a propósito del viaje. Y Sócrates—temiendo que la ciudad le pudiera reprochar a Jenofonte el convertirse en amigo de Ciro, puesto que, al parecer, Ciro había colaborado resueltamente con los lacedemonios en la guerra contra Atenas—

aconseja a Jenofonte ir a Delfos a consultar al dios a propósito del viaje. Fue Jenofonte y preguntó a Apolo a qué dios debía ofrecer sacrificios y plegarias para realizar, de la manera más provechosa y en óptimas condiciones, el viaje que tenía en proyecto y para volver sano, después de haber triunfado en su misión. Y le indicó Apolo los dioses a los que debía ofrecer sacrificios. Y una vez que regresó, contó a Sócrates el oráculo. Y éste, después de escucharlo, le censuró que no hubiese preguntado en primer lugar si era mejor para él, emprender el viaje o quedarse, sino que, habiendo decidido personalmente que debía ir, se limitara a informarse sobre la manera más provechosa de realizar el viaje. Sin embargo, dijo, ya que has preguntado en estos términos, conviene que hagas cuanto el dios te ha ordenado. Jenofonte, después de haber ofrecido así los sacrificios a los dioses indicados por Apolo, se hizo a la mar, y se encontró en Sardes con Próxeno y Ciro, que estaban a punto ya de partir, y entabló relaciones con Ciro. Y mientras Próxeno lo animaba a quedarse, también Ciro se sumaba a este deseo y le dijo que, tan pronto como terminara la expedición, de inmediato lo devolvería a su país. Se decía que la expedición era contra los pídas. Tomaba parte en esta expedición militar, engañado de este modo—no por Próxeno, pues él no sabía que el ataque fuera contra el rey, ni tampoco ningún otro griego, a excepción de Clearco. Sin embargo, cuando llegaron a Cilicia, parecía ya claro para todos que la expedición era contra el rey. Pero ya entonces, temiendo las dificultades del camino y contra su voluntad, la mayoría lo siguieron por respeto a Ciro y a los demás. Entre éstos se encontraba también Jenofonte.

A causa de las dificultades existentes, compartía la aflicción de los demás y no podía dormir. Sin embargo, durante un momento en el que consiguió dormir, tuvo un sueño. Le pareció que descargaba una tormenta y que un rayo caía en la casa de su padre y que, por esta causa, resplandecía toda. Muy asustado, se despertó de inmediato y, por una parte, juz-

gaba el sueño favorable, porque en medio de fatigas y peligros creyó ver una gran luz procedente de Zeus. Pero si consideraba que el sueño procedía de Zeus como rey, el fuego que brillaba alrededor suyo temía que significara la imposibilidad de salir del territorio del rey porque muchos obstáculos lo impedirían. Cuál es el significado de un sueño tal, es posible conocerlo por lo que sucedió después del sueño. Y ocurrió lo siguiente. Tan pronto como despertó, se le ocurrió en primer lugar esta idea:

—¿Por qué estoy acostado? La noche avanza. Y con el día es lógico que los enemigos vengan. Si caemos en manos del rey, ¿qué impedirá que nosotros, después de haber visto todo lo más penoso, después de haber sufrido todo lo más terrible, muramos ignominiosamente? Mas, de cómo nos defenderemos, nadie se prepara ni se preocupa, sino que continuamos acostados, como si pudiéramos permanecer inactivos. Por consiguiente, respecto a mí, ¿de qué ciudad espero que acuda el estratega que hará lo necesario?, ¿a qué edad espero llegar? Porque yo, al menos, ya no llegaré a viejo, si hoy me entrego al enemigo.

A continuación se levanta y convoca primero a los capitanes de Próxeno. Cuando estuvieron reunidos, dijo:

—Yo, capitanes, no puedo dormir, ni creo que tampoco vosotros, ni puedo seguir acostado a la vista de la situación en la que nos encontramos. Porque es evidente que los enemigos no nos han declarado la guerra antes de haber juzgado que sus preparativos estaban bien dispuestos, mientras que ninguno de nosotros se preocupa de cómo luchar con las máximas garantías de éxito. Y, ciertamente, si cedemos y caemos en manos del rey, ¿qué pensamos que nos ocurrirá? Una persona que, a su hermano, nacido de la misma madre, incluso después de muerto, le cortó la cabeza y la mano y las clavó en una cruz. Y nosotros, que no tenemos ningún protector, que combatimos contra él con la intención de convertirle de rey en esclavo y matarle si pudiéramos ¿qué pensa-

mos que nos ocurriría? ¿No lo intentaría todo, a fin de, tras habernos inferido los mayores ultrajes, infundir miedo a todos los hombres para que nunca emprendieran una expedición militar contra él? Pues bien, para no caer en sus manos hay que intentarlo todo. Yo, en efecto, mientras se mantenía la tregua, nunca cesaba de compadecernos y de felicitar al rey y a los suyos, al contemplar la inmensidad y calidad de su tierra, sus abundantes recursos, la cantidad de servidores, de ganado, de oro y de vestidos. Sin embargo, cuando pensaba en la situación de los soldados, faltos de todos estos bienes a no ser que los compraran—y sabía que pocos contábamos con medios para ello—, y que los juramentos nos impedían obtener los víveres de otro modo que no fuera comprándolos, tenía más miedo en aquellas ocasiones—reflexionando sobre estas cosas—que ahora tengo a la guerra. Pero ya que aquéllos han roto la tregua me parece que se ha terminado también su abuso y nuestras dificultades. Porque estos bienes se hallan ya en medio, como premios, para los que de entre nosotros sean más valientes. Y son árbitros del certamen los dioses, que, como es natural, estarán a nuestro lado. Pues esos han perjurado contra ellos. En cambio, nosotros, a pesar de ver bienes en abundancia, nos absteníamos de ellos con firmeza, por fidelidad a los juramentos a los dioses. De manera que, a mi entender, nos es lícito ir al combate con mucha más confianza que aquéllos. Además, tenemos cuerpos más aptos que los suyos para soportar fríos, calores y fatigas. Y contamos también con mejor disposición de espíritu, con ayuda de los dioses. Los enemigos, además, son más vulnerables y fáciles de matar que nosotros, si los dioses, como hasta ahora, nos conceden la victoria. Pero posiblemente también otros se hacen las mismas reflexiones. ¡Por los dioses!, no debemos esperar a que vengan otros a invitarnos a gestas hermosísimas, sino empecemos nosotros a incitar también a los demás al valor. Demostrad que sois los mejores capitanes y más dignos de ser estrategos que los propios estrategos. Y

yo, si queréis emprender esta iniciativa, estoy dispuesto a seguirlos. Pero si me ordenáis que os guíe, de ninguna manera pongo como pretexto la edad, sino que incluso considero que estoy en plenitud de condiciones para apartar los peligros que acechen.

Eso fue lo que dijo. Y los jefes, después de oírlo, todos le pidieron que tomara el mando, excepto un tal Apolónides que hablaba beocio. Éste dijo que decía tonterías todo el que afirmara que se podría conseguir la salvación de otro modo que no fuera convenciendo al rey, si se podía, y al mismo tiempo empezaba a enumerar las dificultades. Pero Jenofonte le interrumpió y dijo así:

—¡Singularísimo hombre! Tú no comprendes nada ante la evidencia, ni recuerdas lo que oyes. Sin embargo, estabas presente igual que éstos cuando el rey, después de la muerte de Ciro, orgulloso por este hecho, nos transmitió la orden de entregar las armas. Y puesto que nosotros no las entregamos, sino que vinimos armados y acampamos a su lado, ¿qué no hizo, enviando embajadores, pidiendo treguas, suministrando víveres hasta que consiguió las treguas? Y cuando los estrategos y los capitanes, como tú aconsejas, fueron a hablar con ellos sin armas, confiando en la tregua, ¿no es cierto que ahora, golpeados, fustigados, ultrajados, ni siquiera pueden morir, los desgraciados, aunque, pienso, muchos lo preferirían? Tú, a pesar de que sabes todo eso, ¿afirmas que dicen tonterías los que animan a la defensa y crees que debemos ir de nuevo a convencerlo? A mí, compañeros, me parece que a tal sujeto no debemos admitirle entre nosotros sino degradarlo y utilizarlo como acémila. Porque este hombre deshonor a su patria y a Grecia entera, porque, siendo griego, se comporta así.

Entonces tomó la palabra Agasias de Estinfalia y dijo:

—Éste no pertenece en absoluto ni a Beocia ni a Grecia, porque he visto que tiene las dos orejas agujereadas como un lidio—. Y así era.

Por consiguiente, lo expulsaron. Los demás recorrían las filas y llamaban al estratego, donde éste seguía con vida. Si había muerto, a su lugarteniente y donde el capitán seguía con vida, al capitán. Cuando todos estuvieron reunidos, se sentaron en el campamento. Los reunidos sumaron, entre estrategos y capitanes, aproximadamente un centenar. Cuando esto ocurría era casi medianoche. Entonces, Jerónimo de Elea, el mayor de los capitanes de Próximo, empezó a hablar en estos términos:

—Nos ha parecido oportuno, estrategos y capitanes, a la vista de la situación presente, reunimos y convocaros para tomar, si pudiéramos, una decisión adecuada. Y tú, Jenofonte, añadió, di ahora también lo que nos dijiste a nosotros.

Seguidamente, Jenofonte habla en estos términos:

—Todos sabemos que el rey y Tisafernes han apresado a cuantos de nosotros pudieron y, respecto a los demás, es evidente que conspiran para aniquilarlos, si pueden. A mi entender, al menos, debemos intentarlo todo para no caer nunca en manos de los bárbaros, sino más bien que aquéllos caigan en las nuestras. Por tanto, sabed bien que vosotros, siendo tan gran número como ahora os habéis reunido, tenéis una oportunidad excelente. Porque todos esos soldados os miran y, si os ven desanimados, todos serán cobardes. Pero si vosotros os preparáis claramente para atacar a los enemigos y animáis a los demás, sabed bien que os seguirán e intentarán imitaros. Sin duda alguna también tenéis el deber de destacar sobre ellos. Pues vosotros sois estrategos; vosotros, taxiarcos y capitanes. Cuando había paz, vosotros erais superiores en dinero y en honores. Cuando hay guerra, es preciso que consideréis un mérito ser más valientes que la masa, ser los primeros en deliberar y en esforzaros por ellos, si fuera preciso. Y ahora pienso que vosotros haríais un gran favor al ejército si, ante todo, os preocuparais de sustituir lo más rápidamente posible a los estrategos y capitanes muertos. Porque sin jefes nada aceptable ni grande podría llevar-

se a cabo—por decirlo en pocas palabras—en ninguna parte, pero, sobre todo, en las acciones de guerra. Pues la disciplina supone salvación, mientras que la indisciplina ha perdido ya a muchos. Una vez que hayáis nombrado a cuantos jefes sea preciso, si reunierais también a los demás soldados y los animarais, pienso que actuaríais muy oportunamente. Porque ahora, posiblemente, os dais cuenta también vosotros de que han acudido a las armas con desaliento y sin ánimo también hacen las guardias. De modo que, en estas circunstancias, no sé qué se podría obtener de ellos, tanto si fueran precisos sus servicios de noche como de día. Mas si alguien cambia su criterio, para que no piensen sólo en los sufrimientos que les esperan, sino en lo que tendrán que hacer, muchos estarán más animados. Sabéis también que ni el número ni la fuerza es lo que da las victorias en la guerra, sino que quienes, con ayuda de los dioses, se lanzan con ánimo más resuelto contra los enemigos, éstos, en general, no encuentran adversario que resista. Y yo en particular, compañeros, estoy convencido de que, los que en la guerra buscan por todos los medios conservar la vida, éstos por lo general mueren cobarde y vergonzosamente, mientras que, quienes han comprendido que la muerte es común e ineludible para todos los hombres y luchan para morir con honor, veo que éstos llegan frecuentemente a la vejez y, mientras viven, son más felices. Es preciso también que nosotros, habiendo aprendido esta lección, seamos valientes y animemos a los demás a serlo.

Dicho esto, terminó. A continuación, habló Quirísofo:

—Hasta este momento, Jenofonte, sólo te conocía en la medida en que había oído decir que eras ateniense, pero ahora te elogio por lo que dices y haces, y me gustaría que hubiera muchos más como tú. Pues sería bueno para todos. Y ahora, dijo, no aguardemos, compañeros. Salid ya y elegid a los jefes que faltan y, una vez elegidos, venid al centro del campamento y traedlos. Luego, convocaremos a los demás soldados. Presentese también ante nosotros, indicó, el heraldo Tólmides.

Y al mismo tiempo que pronunció estas palabras, se puso en pie, para cumplir lo debido sin pérdida de tiempo. A continuación, fueron elegidos los jefes: en lugar de Clearco, Timasión de Dárdano; en vez de Sócrates, Janticles de Acaya; en lugar de Agias, Cleanor de Arcadia; en lugar de Menón, Filisio de Acaya, y, en lugar de Próximo, Jenofonte de Atenas.

Pronunciados estos discursos, se levantaron y se fueron a quemar los carros y las tiendas. Se repararon lo sobrante dando a cada uno lo que necesitaba y arrojaban al fuego el resto. Hecho esto, desayunaron. Y en mitad del desayuno se presentan Mitrádates con unos treinta jinetes y, habiendo llamado a los estrategos para conversar en privado, les habla en estos términos:

*Los persas
tratan de
seducir a
los griegos.
Comienzo de
la retirada*

—Yo, también, griegos, era leal a Ciro, como vosotros sabéis, y ahora estoy bien dispuesto con vosotros, pero también estoy aquí pasando mucho miedo. Si viera, en efecto, que vosotros tomáis una decisión salvadora, me uniría a vosotros con todos mis servidores. Decíme, pues, qué proyectáis, como amigo vuestro, bien dispuesto y que quiere emprender la marcha con vosotros.

Deliberaron los estrategos y acordaron dar esta respuesta. Dijo Quirísofo:

—Hemos decidido, si se nos permite regresar a nuestra patria, cruzar el país haciendo el menor daño posible, pero si alguien nos impide el paso, luchar con la mayor fuerza posible.

A continuación, Mitrádates intentó demostrar que era imposible salvarse contra la voluntad del rey. Entonces comprendieron que había sido enviado como espía, pues lo acompañaba para mayor seguridad uno de los familiares de Tisafernes. Y, a partir de este momento, decidieron los estrategos que la mejor decisión era hacer la guerra sin heraldos mientras se hallaran en tierra enemiga, porque éstos se acercaban a los soldados e intentaban sobornarlos. Esto lo

hicieron, por lo menos con un capitán de Arcadia, al que consiguieron sobornar y desertó por la noche con unos veinte hombres.

Mitrádates, Después de esto, cuando terminaron el desayuno
desenmascarado, atravesaron el río Zapatas avanzando en
ataca orden, con las acémilas y el grueso del ejército en medio. No habían hecho mucho camino y se presentó de nuevo Mitrádates, con unos doscientos jinetes y unos cuatrocientos arqueros y honderos, muy ligeros y ágiles. Se acercaba como si fuera amigo de los griegos. Pero, cuando estuvieron cerca, de pronto, los jinetes y los soldados de infantería dispararon sus arcos y los otros las hondas y produjeron heridos. La retaguardia de los griegos lo pasó mal, pues no consiguió rechazar el ataque, porque los cretenses no alcanzaban con los arcos a los persas y, además, armados con armas ligeras, habían quedado encerrados dentro de los hoplitas. Y los soldados armados con jabalina disparaban demasiado cerca como para alcanzar a los honderos. Después de esto, Jenofonte decidió que debía emprenderse la persecución y así lo hicieron los hoplitas y peltastas que se encontraban con él en la retaguardia. Pero, a pesar de la carrera, no apresaron a ningún enemigo. Pues los griegos no tenían jinetes y los soldados de a pie no podían alcanzar, en poco terreno, a los soldados de a pie enemigos, que huían más lejos, porque no podían en su persecución alejarse mucho del resto del ejército. En cambio, los jinetes bárbaros, al tiempo que huían, herían, disparando sus arcos desde los caballos en su retirada. Y los griegos, lo que avanzaban en la persecución debían retrocederlo combatiendo. De modo que en todo el día no recorrieron más de veinticinco estadios. Sin embargo, al atardecer, llegaron a las aldeas.

Entonces cundió de nuevo el desánimo. Y Quirísofo y los estrategos más ancianos acusaban a Jenofonte por haber perseguido a los enemigos alejándose de la falange, corriendo

él mismo peligro y sin haber podido causar más daño a los enemigos. Y después de oírlos, Jenofonte dijo que lo acusaban con razón y que los propios hechos testificaban en favor de ellos. «Sin embargo, yo—dijo—me sentí obligado a la persecución, porque veía que nosotros sufríamos penalidades permaneciendo quietos sin poder hacerles frente. Y, una vez que emprendimos el ataque—siguió—tenéis razón al decir que no pudimos causar más daño a los enemigos y que nos retiramos con todo tipo de dificultades. Por consiguiente, debemos dar gracias a los dioses, porque no se presentaron con muchas fuerzas sino con pocas, de modo que no nos causaron grandes daños y, en cambio, nos han revelado nuestras deficiencias. Porque ahora los enemigos disparan el arco y la honda a una distancia tal que los cretenses no pueden hacerlo ni los que lanzan dardos con la mano pueden alcanzarlos. Y siempre que los persigamos, no podemos hacerlo alejándonos mucho del ejército, y en poco espacio un soldado de a pie, aunque fuera rápido, tampoco podría alcanzar en su persecución a otro separado por la distancia de un tiro de arco.

»Si nosotros, en efecto, queremos impedir que puedan atacarnos mientras avanzamos, necesitamos cuanto antes honderos y jinetes. Tengo entendido que en nuestro ejército hay rodios, la mayoría de los cuales, se dice, saben tirar con honda y su dardo llega, incluso, dos veces más lejos que las hondas persas. Éstas tienen un corto alcance debido a que tiran piedras del tamaño de una mano. En cambio los rodios saben usar bolas de plomo. Así, pues, si buscamos entre ellos los que tienen hondas, y se las pagamos, y al que quiera trenzar otras también lo pagamos, y encontramos otra exención cualquiera para el que acepte alistarse como hondero, posiblemente se presentarán algunos capaces de ayudarnos. Veo también que hay caballos en el ejército, unos me pertenecen a mí, otros los dejó Clearco y muchos otros, botín de guerra, que llevan bagajes. Si seleccionamos todos éstos y los sustituimos por acémilas y preparamos los caballos para los jine-

tes, tal vez éstos puedan entorpecer la retirada a los enemigos». Pareció bien esta propuesta. Aquella noche se reclutaron unos doscientos honderos. También caballos y jinetes fueron escogidos, al día siguiente, en número aproximado de cincuenta y se les proporcionaron cubiertas de cuero y corazas. Fue designado jefe de la caballería Licio de Atenas, hijo de Polístrato.

*Los griegos
escarmientan
a los persas*

Aquel día lo pasaron allí y, al siguiente, reanudaron la marcha habiéndose levantado más temprano. Pues debían atravesar un barranco por el que temían ser atacados por los enemigos. Y cuando ya lo habían cruzado, se presenta de nuevo Mitrádates con mil jinetes y unos cuatro mil arqueros y honderos. Había pedido a Tisafernes tan gran número, y lo había obtenido, con la promesa de que, si se los daba, le entregaría a los griegos, envaneciéndose porque en el anterior ataque, con pocos efectivos, no había sufrido ningún daño y, en cambio, creía haber causado grandes males. Y, una vez que los griegos hubieron cruzado y se hallaban a una distancia aproximada del barranco de ocho estadios, cruzó también Mitrádates con sus fuerzas. Habían sido designados los hoplitas y peltastas que debían emprender la persecución, y se había dicho a los jinetes que se sumaran a la carrera con ardor, porque una fuerza suficiente de apoyo los seguiría. Después que Mitrádates ya había conseguido alcanzarlos y ya les llegaban los disparos de las hondas y de los arcos, entre los griegos se oyó la señal de la trompeta e, inmediatamente, los que habían sido designados empezaron a correr, todos, a la vez, y los jinetes cargaron. Los enemigos no ofrecieron resistencia, sino que huyeron hacia el barranco. En esta persecución murieron muchos soldados bárbaros de infantería y, en el barranco, fueron apresados vivos unos dieciocho jinetes. Y los griegos, por iniciativa propia, mutilaron a los muertos, a fin de que fuera para los bárbaros el espectáculo más espeluznante de ver.

Los enemigos, después de semejante resultado, se retiraron, mientras que los griegos avanzaron el resto del día con seguridad y llegaron hasta el río Tigris.

Cuando era ya más o menos el momento de la última guardia y de noche sólo quedaba el tiempo de cruzar la llanura a oscuras, entonces, después de levantarse a una orden, se pusieron en marcha y llegaron, al amanecer, a la montaña. Quirísofo estaba a la sazón al frente del ejército con los suyos y con todos los soldados de infantería ligera, mientras Jenofonte seguía con los jinetes de retaguardia sin ningún soldado de infantería ligera, pues no parecía existir ningún peligro de que alguien los hostigara por detrás en su marcha ascendente. Quirísofo alcanzó la cima antes de que los enemigos se dieran cuenta. Después, continuó la marcha, mientras lo seguía el resto del ejército en las incursiones a las aldeas situadas en los valles y profundidades de las montañas. Entonces los carducos abandonaron sus casas y, con sus mujeres e hijos, huyeron a las montañas. Había víveres en abundancia para coger, las casas estaban también surtidas de todo tipo de objetos de bronce. Ninguno de éstos se llevaron los griegos, tampoco persiguieron a los habitantes, tratándolos con consideración en la esperanza de que los carducos los dejaran pasar como si se tratase de un país amigo, ya que ellos mismos eran enemigos del rey. Sin embargo, respecto a los víveres, cogía cada cual lo que podía porque tenían necesidad. Los carducos ni prestaban atención a su llamada, ni mostraban actitud alguna amistosa. Cuando los últimos griegos descendían de la cima hacia las aldeas, ya de noche—debido a la estrechez del camino emplearon todo el día en el ascenso y descenso—entonces se reunieron algunos carducos y atacaron a los últimos, matando a algunos e hiriendo a otros con piedras y flechas, a pesar de ser pocos, pues el ejército griego se les presentó de improviso. Sin embargo, si entonces se hubiesen reunido en

Luchas de los griegos al pasar las montañas de los Carducos

mayor número, habría corrido peligro de ser destruido gran parte del ejército griego. Durante esta noche vivaquearon así en las aldeas; los carducos encendían muchas hogueras alrededor, en las montañas, y no se perdían de vista unos a otros.

Al amanecer, reunidos los estrategos y capitanes griegos, acordaron seguir la marcha con las acémilas necesarias y las más fuertes, abandonando el resto, y poner en libertad a todos los prisioneros que desde hacía poco eran como esclavos en el ejército. Pues hacían lenta la marcha, al ser muchas las acémilas y los prisioneros, y muchos que estaban al cuidado de éstos no podían combatir, y había que suministrar doble cantidad de víveres y transportarlos, al ser muchos los hombres. Tomada esta decisión, dieron la orden por medio del heraldo de actuar así. Después de desayunar, se pusieron en marcha; los estrategos, apostados en el estrecho, si encontraban a uno que no había dejado algo de lo dicho, se lo quitaban, y éstos obedecían, salvo si alguien había ocultado, por ejemplo, un niño o una mujer hermosa, objeto de sus deseos. Durante este día avanzaron así, a veces luchando, a veces descansando.

*Crueldades
para
proporcionarse
un guía.
Marcha por
las montañas*

Cuando llegaron al fin de la jornada, Jenofonte, tal como estaba, fue inmediatamente al encuentro de Quirísofo y lo censuró por no haber esperado, pues se vieron obligados a luchar al tiempo que huían.

—Ahora han muerto dos formidables compañeros y ni pudimos recogerlos ni enterrarlos.

Le respondió Quirísofo:

—Mira—dijo—hacia las montañas y ve que todas son inaccesibles. Este camino que ves escarpado es el único recto, y en él puedes ver la cantidad de hombres que han ocupado y vigilan la salida. Aquí tienes las razones por las que me apresuraba y no te aguardaba, por si podía anticiparme a tomar la cima. Los guías que tenemos dicen que no hay otro camino.

Jenofonte le dijo:

—Pero yo tengo dos prisioneros. Debido a que nos ponían dificultades, les tendimos una emboscada, cosa que nos permitió también un respiro; matamos a algunos y nos esforzamos por capturar a algunos con vida precisamente por este motivo, para servirnos de ellos como guías conocedores del terreno.

Enseguida trajeron a los hombres y les preguntaron por separado si conocían otro camino distinto del que se veía. Uno de ellos dijo que no conocía otro, a pesar de las muchas amenazas para amedrentarlo. Y, como nada útil decía, fue degollado en presencia del otro. El que quedaba dijo que su compañero no había dicho nada porque tenía una hija casada con un hombre de allí; sin embargo, él dijo que los guiaría por un camino accesible incluso para las acémilas. Preguntado si había en él algún lugar de difícil paso, contestó que había una cima que, si no se tomaba de antemano, sería imposible cruzar.

Entonces decidieron convocar a los capitanes, peltastas y a algunos hoplitas y comunicarles la situación presente y también preguntarles si había alguno entre ellos que quería mostrarse como un valiente comprometiéndose a marchar voluntario. Entre los hoplitas se ofreció Aristónimo de Metidrio [arcadio] y Agasias de Estinfalia [arcadio], y, rivalizando con ellos, Calimaco de Parrasio [arcadio también éste] dijo que estaba dispuesto a marchar con voluntarios tomados de todo el ejército.

—Pues yo—dijo—sé que muchos jóvenes me seguirán teniendo a mí de guía.

A continuación preguntan si hay también algún taxiarco entre los soldados armados a la ligera dispuesto a participar en la marcha. Se presenta Aristeas de Quíos, que muchas veces, en circunstancias parecidas, había prestado una valiosa colaboración al ejército.

Era el atardecer, y a los voluntarios se les da la orden de cenar y ponerse en camino. Después de haber atado al guía,

se lo entregan y acuerdan vigilar la posición durante la noche, si toman la cima, y, al amanecer, dar la señal a toque de trompeta. Deciden también que los que están arriba se dirigirán contra los que ocupan la salida visible, mientras que ellos mismos acudirán en su ayuda con la mayor rapidez posible. Tras este acuerdo, se pusieron en marcha en número aproximado de dos mil. Caía del cielo un fuerte chaparrón. Jenofonte, con los hombres de retaguardia, se dirigía hacia la salida visible, para que los enemigos prestaran atención a este punto y no advirtieran el movimiento de los otros. Cuando los hombres de la retaguardia estaban junto al barranco que debían cruzar para emprender la subida, entonces los bárbaros hicieron rodar enormes cantidades de bloques de piedra, grandes y pequeñas, que, al golpear contra las rocas, saltaban en pedazos por doquier como piedras de honda. Y era del todo imposible acercarse al camino de acceso. Algunos capitanes, si no podían por allí, lo intentaban por otro lugar. Y así continuaron hasta que llegó la noche. Cuando creyeron que no los veían en su retirada, entonces se fueron a cenar. Se daba el caso, incluso, de que los hombres de la retaguardia no habían desayunado. Sin embargo, los enemigos no cesaron en toda la noche de hacer rodar las piedras; por el ruido se podía comprobar.

Los que llevan el guía dan la vuelta en un movimiento circular y sorprenden a los guardianes sentados alrededor del fuego. A unos los mataron, a otros los persiguieron y ellos permanecieron aquí en la creencia de que dominaban la cima. Pero no la dominaban, sino que encima de ellos había una colina a lo largo de la cual se encontraba este estrecho camino en el que estaban sentados los guardianes. Sin embargo, había un paso que desde allí comunicaba con los enemigos que estaban sentados junto al camino a la vista. Aquí pasaron la noche. Cuando apareció el día, avanzaron en silencio, en orden de combate, contra los enemigos. Había niebla, de manera que se acercaron sin ser vistos. Cuan-

do se vieron unos a otros, sonó la trompeta y, dando gritos de guerra, se lanzaron contra los enemigos. Éstos no opusieron resistencia, sino que abandonaron el camino, muriendo sólo unos pocos en la huida, pues corrían con agilidad. Quirísofo y los suyos, al oír la trompeta, se lanzaron, al punto, hacia arriba por el camino a la vista.

Otros estrategos avanzaban por caminos intransitables, por donde cada uno tenía posibilidad, y subían como podían ayudándose unos a otros con las lanzas. Éstos fueron los primeros que se unieron a los que habían tomado de antemano la posición.

Jenofonte, con la mitad de la retaguardia, avanzó por el mismo lugar que los que llevaban guía, pues era el camino más accesible para las acémilas. Dispuso la otra mitad detrás de las acémilas. Y, en su avance, se encuentran con una colina, encima del camino, ocupada por los enemigos, a los que había que aniquilar o quedar separados del resto de los griegos. Ellos hubieran podido avanzar por el mismo camino que los demás, pero las acémilas no podían pasar por otro más que por éste. Entonces se animaron mutuamente y se lanzaron hacia la colina con las compañías formadas en columnas, no en círculo, sino dejando una salida a los enemigos, si querían huir. Mientras ellos subían por donde podían, los bárbaros les disparaban flechas y les arrojaban piedras, pero cuando les tuvieron cerca, abandonaron la posición y se dieron a la fuga. Atravesaron esta colina los griegos y vieron delante otra, ocupada. De nuevo parecía oportuno emprender la marcha para tomarla. Jenofonte, temiendo que, si dejaba sin guarnición la colina tomada, los enemigos la tomarían de nuevo y atacarían a las acémilas al pasar—pues ocupaban gran extensión las acémilas que avanzaban por el estrecho camino—, deja en la colina a los capitanes Cefisodoro de Atenas, hijo de Cefisofonte, Anfrícrates, hijo de Anfídemo, de Atenas, y Arcágoras desterrado de Argos; él, con los restantes, se dirigen hacia la segunda colina y, de la misma manera, la ocupan también.

Y cuando estuvieron en la cima de la colina de la que descendía Jenofonte, hicieron rodar piedras. A un hombre le rompieron la pierna, a Jenofonte le abandonó su escudero llevándose el escudo. Euríloco de Lusio [de Arcadia], hoplita, corrió hacia él y, poniendo el escudo delante de los dos, iba retrocediendo. Los demás llegaron a unirse al resto del ejército.

Desde este momento todo el ejército griego estuvo reunido, y acamparon allí en muchas y hermosas casas con abundantes provisiones. Había vino abundante, hasta el punto de conservarlo en cisternas encaladas. Jenofonte y Quirísofo consiguieron que les devolvieran los cadáveres a cambio del guía y rindieron todos los honores posibles a los muertos como es norma hacerlo con los hombres valientes.

Al día siguiente prosiguieron la marcha sin guía. Los enemigos, luchando y adelantándose a tomar la posición donde el camino era estrecho, impedían el paso. Por consiguiente, cuando los enemigos obstaculizaban a los de vanguardia, Jenofonte, saliendo por detrás en dirección a las montañas, rompía el obstáculo que impedía el paso a la vanguardia, tratando de situarse más arriba que los enemigos. Y cuando atacaban a los de retaguardia, Quirísofo, saliendo e intentando situarse más arriba que el enemigo, rompía el obstáculo que impedía el paso a la retaguardia. Y siempre de esta manera se ayudaban mutuamente y se preocupaban con intensidad los unos de los otros.

*La nieve,
obstáculo
poco familiar
a los griegos.
Traiciones*

Después de cruzar el río, volviéndose a formar, hacia mediodía se pusieron en marcha, a través de Armenia, país llano con algunas ligeras elevaciones, y recorrieron no menos de cinco parasangas, pues no había aldeas cerca del río debido a las guerras contra los carducos. La aldea a la que llegaron era grande, tenía un palacio real para el sátrapa y en la mayoría de las casas había torres. Los víveres eran abundantes.

Desde allí recorrieron, en dos etapas, diez parasangas, hasta rebasar las fuentes del río Tigris.

Partiendo de este lugar recorrieron, en tres etapas, quince parasangas, hasta el río Teleboas; era éste hermoso, pero no grande. En torno al río había muchas aldeas. Este lugar se llamaba Armenia occidental. Su gobernador era Tiribazo, que se había hecho también amigo del rey. Siempre que él estaba presente, nadie más le ayudaba a montar a caballo. Éste se acercó con unos jinetes y, mandando llamar a su intérprete, dijo que quería hablar con los jefes. Decidieron los estrategos escucharlo, se acercaron hasta donde podía oírse su voz y le preguntaron qué quería. Contestó que quería pactar una tregua bajo la condición de que ni él perjudicaría a los griegos, ni ellos quemarían las casas, sino que cogerían todos los víveres que precisaran. Pareció bien esta propuesta a los estrategos y pactaron la tregua bajo estas condiciones.

Desde allí recorrieron, en tres etapas a través de la llanura, quince parasangas. Tiribazo les seguía con sus fuerzas a una distancia aproximada de diez estadios. Llegaron a unos palacios reales rodeados de muchas aldeas llenas de víveres en abundancia. Mientras ellos estaban acampados, cayó por la noche una fuerte nevada. Al amanecer, decidieron que los cuerpos del ejército y sus estrategos se alojaran distribuyéndose por aldeas, pues no veían ningún enemigo y parecía el lugar seguro debido a la abundancia de nieve. Aquí tenían toda clase de cosas buenas: animales para sacrificar, trigo, vinos viejos y olorosos, pasas, legumbres de todo tipo. Algunos de los que se habían alejado del campamento decían que habían visto por la noche resplandecer muchas hogueras. Entonces los estrategos pensaron que no era seguro acampar dispersos, sino que debían reunir de nuevo el ejército. Así lo hicieron. Y pareció que el cielo se despejaba. Mientras ellos pasaban la noche aquí, cayó una inmensa nevada, que cubrió el campamento y los hombres tendidos en el suelo. La nieve trababa las patas de las acémilas. Daba mucha pereza levan-

tarse, pues, mientras estaban echados, la nieve caída les proporcionaba calor, en tanto no se deslizaba de sus cuerpos. Con todo, Jenofonte tuvo la osadía de levantarse desnudo y ponerse a partir leña. Rápidamente se levantó un soldado y luego otro que lo relevó en esta tarea. A continuación se levantaron otros, encendieron fuego y se ungieron. Pues había aquí muchos ungüentos, que utilizaban en vez de aceite de oliva: manteca de cerdo, aceite de sésamo y aceite de almendras amargas y de terebinto. Encontraron también perfumes extraídos de estas mismas materias.

Después de esto, pareció oportuno separarse de nuevo y ponerse a cubierto [en las aldeas]. Entonces los soldados, con mucho griterío y satisfacción, entraron en las casas en busca de víveres. Y los que, al abandonar antes las casas, las quemaron por insensatez, recibieron su merecido, obligados a acampar en malas condiciones. Desde allí enviaron por la noche con un destacamento a Demócrates de Temnos a las montañas, donde decían los que se habían dispersado que habían visto hogueras. Pues se consideraba que este hombre había dicho la verdad en otras muchas ocasiones anteriores semejantes, lo cierto como cierto y lo falso como falso. Cuando regresó de la misión, dijo que no había visto hogueras, pero vino con un prisionero que llevaba un arco persa, un carcaj y un hacha como la que llevan las amazonas. Preguntado de qué país era, dijo que era persa y que se había alejado del campamento de Tiribazo en busca de provisiones. Le preguntaron por el número de efectivos de su ejército y por qué motivo se había alistado. Contestó éste que Tiribazo contaba con su propio ejército y con mercenarios cálibes y taocos. Dijo, además, que él estaba preparado para atacar a los griegos, al escalar la montaña, en los desfiladeros, donde sólo se podía pasar por un sitio.

Oída esta información, los estrategos acordaron reunir el ejército. Y, acto seguido, después de dejar una guarnición y como estratego de los que se quedaban a Soféneto de Estin-

falia, se pusieron en marcha llevando como guía al prisionero. Mientras escalaban las montañas, los peltastas se adelantaron y, al ver el campamento, no esperaron a los hoplitas, sino que, profiriendo gritos, se lanzaron a la carrera contra él. Los bárbaros, al oír el alboroto, no ofrecieron resistencia, sino que huyeron. Con todo, murieron algunos bárbaros, unos veinte caballos fueron capturados, así como la tienda de Tiribazo; en ella había camas con patas de plata, vasos y unos hombres que decían ser panaderos y escanciadores de vino. Cuando se enteraron de esto los estrategos de los hoplitas, acordaron regresar al campamento lo más rápidamente posible, para que no se produjera ningún ataque contra los que se habían quedado atrás. Al punto, después de convocarlos a toque de trompeta, retrocedieron y llegaron al campamento el mismo día.

Al día siguiente acordaron que había que ponerse en camino por donde pudieran avanzar con la mayor rapidez, antes de que el ejército enemigo se reuniese de nuevo y ocupase los desfiladeros. Acto seguido, recogieron los bagajes y se pusieron en marcha a través de la abundante nieve, con muchos guías. Aquel mismo día, después de haber superado la cima en la que Tiribazo debía atacar, acamparon.

Desde allí recorrieron, en tres etapas a través del desierto, quince parasangas, hasta el río Éufrates, y lo cruzaron mojándose hasta el ombligo. Se decía que el nacimiento del río no estaba lejos.

Desde allí recorrieron, a través de una llanura cubierta de mucha nieve, en tres etapas, cinco parasangas. La tercera fue difícil: soplabá de frente un viento del norte que lo quemaba absolutamente todo y que helaba a los hombres. Entonces uno de los adivinos dijo que ofrecieran una víctima al viento, y se hizo el sacrificio. Y pareció evidente a todos que cesaba la furia del viento. El espesor de la nieve era de una braza, de manera que perecieron muchas acémilas y esclavos, y unos treinta soldados. Pasaron la noche encendiendo fuego; había

leña abundante donde acamparon, pero los que llegaron tarde no tenían. En efecto, los que habían llegado desde hacía tiempo y habían encendido el fuego no dejaban acercarse a los retrasados, si no les daban a cambio trigo u otro alimento de los que tenían. Entonces se intercambiaban entre sí lo que cada uno tenía. Y donde ardía el fuego, al derretirse la nieve se produjeron grandes hoyos que llegaban hasta el suelo, donde precisamente podía medirse el espesor de la nieve.

Desde allí avanzaron durante todo el día siguiente a través de la nieve, y muchos hombres sufrieron los efectos de la bulimia. Jenofonte, que iba en la retaguardia y recogía a los hombres que caían, ignoraba qué enfermedad era. Pero cuando uno de los expertos le dijo que sin duda padecían bulimia y que, si comían algo, se pondrían en pie, hizo un recorrido por las acémilas y, si veía algo comestible, lo repartía y lo mandaba distribuir a los que eran capaces de correr y entregarlo a los afectados de bulimia. Y, tan pronto como comían algo, se levantaban y continuaban la marcha. Mientras ellos avanzaban, Quirísofo llega al anochecer a una aldea y encuentra delante de la fortificación unas mujeres y muchachas que, saliendo de la aldea, iban a la fuente a buscar agua. Les preguntaron éstas que quiénes eran. El intérprete contestó, en persa, que iban a ver al sátrapa de parte del rey. Contestaron ellas que no estaba aquí, sino que se hallaba a la distancia aproximada de una parasanga y éstos, como era tarde, se dirigieron, junto con las aguadoras, hacia la fortificación para ver al jefe de la aldea.

Así, pues, Quirísofo y cuantos del ejército pudieron acamparon aquí. El resto de los soldados que no pudieron continuar la marcha pasaron la noche sin comer y sin fuego. Aquí murieron algunos soldados. Algunos enemigos agrupados seguían sus pasos, les quitaban las acémilas que no podían avanzar y peleaban entre sí por ellas. Quedaban atrás los soldados que habían sido cegados por la nieve y que tenían gangrenados los dedos de los pies debido al frío. Los ojos es-

taban protegidos de la nieve, si se avanzaba con algo negro puesto delante de ellos, y los pies, moviéndose sin estar nunca quieto y descalzándose por la noche. Y a aquellos que se acostaban calzados se les incrustaban en los pies las correas y las sandalias se les quedaban pegadas alrededor, pues, debido a que habían dejado las viejas sandalias, llevaban otras rústicas hechas con pieles de bueyes recién desollados.

Por tanto, debido a tales penalidades, algunos soldados quedaban rezagados. Al ver un espacio negro porque había desaparecido allí la nieve, imaginaron que se había fundido. Y se había fundido a causa de una fuente que estaba cerca humeando en el valle. Entonces se desviaron del camino, se sentaron y se negaron a continuar la marcha.

*Jenofonte
vigila la
moral de sus
hombres.
Paralización*

Jenofonte, al frente de la retaguardia, cuando se enteró, les pidió, valiéndose de toda su habilidad y de todos los medios, que no se quedaran atrás, diciéndoles que les seguían muchos enemigos reunidos, y, al fin, se enfadó. Ellos pidieron que los degollasen, pues no podrían seguir avanzando. En estas circunstancias pareció que lo mejor era asustar a los enemigos que los perseguían, si se podía, para que no atacaran a los enfermos. Era ya de noche y los enemigos se acercaban con gran alboroto discutiendo por el botín que habían capturado. Entonces los de retaguardia, dado que estaban sanos, se levantaron y corrieron al encuentro de los enemigos, mientras los enfermos gritaron con toda la fuerza que podían y golpearon sus escudos contra las lanzas. Los enemigos, asustados, se precipitaron por la nieve hacia el valle, y nadie más oyó vocerío por ninguna parte.

Jenofonte y los suyos, después de decir a los enfermos que al día siguiente acudirían algunos a buscarlos, prosiguen la marcha y, antes de haber recorrido cuatro estadios, se encuentran en el camino a los soldados descansando sobre la nieve envueltos en sus mantas, y ninguna guardia se había

montado. Intentaron hacerlos levantar. Ellos dijeron que los de delante no les dejaban pasar. Jenofonte siguió adelante y envió a los peltastas más vigorosos con la orden de indagar cuál era el obstáculo. Volvieron éstos con la noticia de que todo el ejército estaba igualmente descansando. Entonces Jenofonte y los suyos acamparon también allí sin fuego y sin cenar, después de haber montado las guardias como pudieron.

*Los griegos
acuerdan
confiarse
a las aldeas.
Comida
abundante*

Entonces Polícrates de Atenas, capitán, pidió que le dejaran marchar; con los soldados más ligeros, corrió hacia la aldea que había obtenido en suerte Jenofonte y sorprendió a todos sus habitantes dentro, incluido el jefe de la aldea, así como diecisiete potros criados para entregarlos al rey como tributo. También cogieron a la hija del jefe, que hacía nueve días que se había casado. Su marido, que había salido a cazar liebres, no fue capturado allí.

Las casas eran subterráneas; su entrada como la de un pozo, pero debajo eran amplias. Las entradas para las acémilas eran rampas excavadas, mientras que los hombres bajaban por una escalera. En el interior de las casas había cabras, ovejas, vacas, aves, y sus crías. Todo este ganado era alimentado con forraje. Había también trigo, cebada, legumbres y vino de cebada en cráteras. Los granos de cebada flotaban en la superficie, había también cañas dentro, unas más grandes, otras más pequeñas, que no tenían nudos.

Cuando alguien tenía sed, se llevaba una de estas cañas a la boca y sorbía por ella. Era muy fuerte esta bebida, si no se le añadía agua, pero muy agradable una vez acostumbrado a ella. Jenofonte compartió la cena con el jefe de esta aldea y le pidió que tuviera confianza, asegurándole que no le privaría de sus hijos y que, en compensación, al marcharse le llenarían la casa de provisiones, si estaba dispuesto a ser buen guía del ejército hasta que llegasen a otro pueblo. Él lo prometió y, en prueba de amistad, les indicó dónde tenía el vino

escondido. Así durmieron aquella noche todos los soldados en sus respectivos alojamientos en medio de la abundancia de todo tipo, teniendo vigilado al jefe de la aldea y sin perder de vista tampoco a sus hijos.

Al día siguiente, Jenofonte, en compañía del jefe de la aldea, fue a ver a Quirísofo. Cuando pasaba junto a una aldea, se desviaba para ver a los que en ella estaban y en todas partes los encontraba celebrando banquetes y llenos de alegría. En ninguna parte les dejaban ir sin antes haberles ofrecido comida. No había sitio donde no les pusieran en la misma mesa carne de cordero, de cabrito, de lechón, de ternero, de ave, con abundancia de panes de trigo y de cebada. Cada vez que alguno, en prueba de amistad, quería brindar por otro, lo arrastraba hasta la crátera, donde debía agacharse y beber engullendo como un buey. Al jefe de la aldea le ofrecieron tomar lo que quisiera. Él nada aceptaba, pero cuando veía a alguno de sus parientes, se lo llevaba con él. Cuando llegaron a las proximidades de Quirísofo, encontraron también a aquéllos alojados allí, coronados con coronas de heno seco y servidos por niños armemos ataviados con vestidos bárbaros; y a los niños les indicaban, como si fueran sordomudos, lo que debían hacer. Cuando Quirísofo y Jenofonte hubieron puesto de manifiesto la amistad que les unía, preguntaron en común al jefe de la aldea, por medio de un intérprete que hablaba persa, qué país era aquél. Él respondió que era Armenia. Le preguntaron, además, para quién criaban los caballos. Él contestó que era un tributo destinado al rey. Dijo que los cálibes habitaban el país vecino y les indicó el camino para ir. Entonces Jenofonte se fue a llevarlo con sus familiares y da al jefe de la aldea un caballo bastante viejo que había cogido, para que, después de haberlo alimentado, lo sacrifique, porque había oído decir que este caballo estaba consagrado al Sol, y tenía miedo de que muriese, pues estaba maltrecho por la marcha. Él mismo cogió uno de los potros y dio uno a cada uno de los demás estrategos. Los caballos de allí

eran más pequeños que los de los persas, pero mucho más bravos. Entonces el jefe de la aldea les enseñó a envolver los cascacos de los caballos y acémilas con saquitos para cuando los llevasen a través de la nieve, pues sin los saquitos se hundían hasta el vientre.

*Hostilidad de
los montañeses
taocos.
Horribles
escenas.
Llegada al mar*

Después de esto recorrieron, en cinco etapas, treinta parasangas hasta los taocos. Las provisiones faltaban, pues los taocos habitaban en lugares fortificados a los que habían transportado todas las provisiones. Cuando llegaron a una posición que no tenía ciudad ni casas—pero se habían reunido allí hombres, mujeres y mucho ganado—, Quirísofo, al punto que llegó, la atacó. Cuando el primer destacamento se cansaba, avanzaba otro y después otro, pues como el lugar era abrupto todos a la vez no podían atacarlo.

Cuando Jenofonte llegó con los de retaguardia, peltastas y hoplitas, entonces Quirísofo dijo:

—Llegáis en buen momento, pues debemos tomar la posición; el ejército no tiene provisiones, si no nos apoderamos del lugar.

Entonces juntos deliberaron. Y al preguntar Jenofonte cuál era el obstáculo para entrar, contestó Quirísofo:

—Esta entrada que ves es la única que existe; cada vez que uno intenta avanzar por allí, echan a rodar piedras desde lo alto de esta roca que domina, y el que es alcanzado así se queda.

Y al mismo tiempo le mostró hombres con las piernas y costillas rotas.

—Si gastan las piedras—dijo Jenofonte—¿habrá otro obstáculo que nos impedirá pasar o ninguno más? Pues enfrente sólo vemos a esos pocos hombres y, de ellos, a sólo dos o tres armados. La posición, como estás viendo, ocupa aproximadamente un pletro y medio y hay que cruzarla expuesto a las pedradas. Un pletro más o menos de su extensión total

está cubierto de grandes pinos dispersos. Puestos los hombres detrás de ellos, ¿qué mal podrían sufrir a consecuencia de las piedras arrojadas o de las que hacen rodar? Queda, pues, algo así como medio plectro que hay que cruzar corriendo, cuando las piedras cesen de caer.

—Sin embargo—dijo Quirísofo—cada vez que empezamos a dirigirnos al sitio cubierto, al punto arrojan muchas piedras.

—Esto mismo—dijo Jenofonte—es lo que hace falta, pues más pronto gastarán las piedras. Pero, vayamos a un lugar donde no haya más que un espacio corto para recorrerlo, si es que podemos, y que sea de fácil retirada si queremos retroceder.

Desde allí se pusieron en marcha Quirísofo, Jenofonte y el capitán Calimaco de Parrasia, pues la dirección de las compañías de retaguardia le correspondía a él ese día. Los demás capitanes permanecieron en lugar seguro. Detrás de éstos se situaron bajo los árboles unos sesenta hombres, no en grupo, sino uno a uno, tomando cada uno las precauciones que podía. Agasias de Estinfalia y Aristónimo de Metidrio—también éstos eran capitanes de la retaguardia—y otros se apostaron fuera de los árboles, pues no era seguro colocar al abrigo de los árboles más de una compañía. Entonces, Calimaco maquina una estratagema: se separa corriendo del árbol, donde él estaba, unos dos o tres pasos y cuando lanzaban las piedras, retrocedía tranquilamente; en cada carrera gastaban más de diez carros de piedras. Agasias, al ver lo que hacía Calimaco y que todo el ejército lo contemplaba, temiendo no ser el primero en asaltar la posición, sin haber llamado a Aristónimo, que estaba cerca, ni a Euríloco Lusio, que eran sus compañeros, ni a ningún otro, avanza él en solitario y se adelanta a todos. Calimaco, al verlo pasar, lo coge por el borde del escudo. En este momento, los adelanta corriendo Aristónimo de Metidrio y detrás de él Euríloco Lusio. Todos estos rivalizaban en valor y competían entre sí. Disputando así, ocupan

el lugar. Una vez irrumpieron, ninguna piedra fue lanzada desde lo alto. Entonces se produjo un espectáculo terrible: las mujeres, arrojando primero a sus hijos, se lanzaban ellas mismas después al precipicio y los hombres hacían lo mismo. Entonces también Eneas de Estinfalia, capitán, habiendo visto a un hombre que corría con intención de arrojarle llevando un hermoso vestido, lo coge para impedirle. Éste lo arrastra y ambos se precipitaron rocas abajo y murieron. Allí muy pocos hombres fueron capturados, pero sí muchos bueyes, asnos y ganado menor.

Desde este lugar recorrieron, en cuatro etapas, veinte parasangas, hasta una ciudad grande, próspera y habitada, que se llamaba Gimnias. De esta ciudad, el gobernador del territorio envía un guía a los griegos para que los conduzca a través del territorio enemigo. Cuando aquél llega, les dice que los conducirá, en cinco días, a un lugar desde donde verán el mar; si no, se muestra dispuesto a morir. Y mientras los guiaba, desde el momento que irrumpió en tierra enemiga, los animaba a quemar y destruir el territorio, lo que puso de manifiesto que los acompañaba por este motivo, no por benevolencia a los griegos.

Y llegan a la montaña al quinto día. El nombre de la montaña era Teques. Cuando los primeros alcanzaron la cima, se produjo un gran griterío. Al oírlo Jenofonte y los de retaguardia, imaginaron que otros enemigos los atacaban de frente, pues les seguían por detrás gente procedente del territorio incendiado. Los de retaguardia mataron a algunos e hicieron prisioneros tendiendo una emboscada, y también capturaron unos veinte escudos de mimbre recubiertos de piel de buey sin curtir y con pelos.

Dado que el griterío se hacía más grande y más cercano, que los que avanzaban ininterrumpidamente se dirigían a la carrera al encuentro de los que gritaban sin parar y que el griterío se hacía mayor a medida que aumentaba el número de gente, pareció a Jenofonte que se trataba de algo más im-

portante. Montó a caballo y, escoltado por Licio y sus jinetes, acudió en su ayuda. Y pronto oyen a los soldados que gritan: «¡Mar, mar!», y que lo transmiten de boca en boca. Entonces todos corrieron, incluso los de retaguardia. Las acémilas y los caballos eran azuzados también. Cuando todos llegaron a la cima, entonces se abrazaban los unos a los otros, estrategos y capitanes, llorando. Y de repente, sin importar quién transmitió la orden, los soldados trajeron piedras y levantaron un gran túmulo. Entonces colocaron encima gran cantidad de pieles de buey sin curtir, bastones y escudos de mimbre capturados en guerra, y el guía mismo cortaba los escudos de mimbre y animaba a hacerlo a los demás. Después de esto, los griegos despiden al guía, habiéndole dado como presentes de la comunidad un caballo, una copa de plata, un vestido persa y diez daricos. Él les pedía, sobre todo, anillos y obtuvo muchos de los soldados. Después de haberles indicado un lugar donde acampar y el camino por el que podrían llegar al país de los macrones, regresó por la noche.

MUERTE DE SÓCRATES

PLATÓN

Una enfermedad impidió a Platón contarse entre los amigos y discípulos de Sócrates que asistieron a los últimos momentos de la vida del maestro, en aquel día de finales de primavera o principios de verano del año 399 antes de Jesucristo en que, de acuerdo con la condena que le había sido impuesta, bebió la cicuta. El impresionante relato de la muerte de Sócrates que Platón nos ofrece en su diálogo Fedón, que versa sobre la inmortalidad del alma humana, está evidentemente reconstruido sobre lo que vieron y escucharon los fieles discípulos que se hallaron presentes, por lo que merece ser considerado un documento directo. El extracto procede de la traducción llevada a cabo por Carlos García Gual (Diálogos, volumen III, Fedón (Gredos, Madrid, 1992).

Después de que él hubo dicho esto, habló Critón:

—Bien, Sócrates, ¿qué nos encargas a éstos o a mí, acerca de tus hijos o de cualquier otro asunto, que nosotros podamos hacer a tu agrado y que haremos muy a gusto?

—Lo que continuamente os digo—dijo él—, nada nuevo. Que cuidándoos de vosotros mismos haréis lo que hagáis a mi agrado y al de los míos y de vosotros mismos, aunque ahora no lo reconozcáis. Pero si os descuidáis de vosotros mismos, y no queréis vivir tras las huellas, por así decir, de lo que ahora hemos conversado y lo que hemos dicho en el tiempo pasado, por más que ahora hicierais muchas y vehementes promesas, nada más lograréis.

—En eso nos afanaremos—dijo—, en hacerlo así. ¿Y de qué modo te enterraremos?

—Como queráis—dijo—, siempre que me atrapéis y no me escape de vosotros.

Sonriendo entonces serenamente y dirigiéndonos una mirada, comentó:

—No logro persuadir, amigos, a Critón, de que yo soy este Sócrates que ahora está dialogando y ordenando cada una de sus frases, sino que cree que yo soy ese que verá un poco más tarde muerto, y me pregunta ahora cómo va a sepultarme. Lo de que yo haya hecho desde hace un buen rato un largo razonamiento de que, una vez que haya bebido el veneno, ya no me quedará con vosotros, sino que me iré marchándome a las venturas reservadas a los bienaventurados, le parece que lo digo en vano, por consolaros a vosotros y, a la par, a mí mismo. Salidme, pues, fiadores ante Critón—dijo—, pero con una garantía contraria a la que él presentaba ante los jueces. Pues él garantizaba que yo me quedaría. Vosotros, por tanto, sedme fiadores de que no me quedaré después que haya muerto, sino que me iré abandonándoos, para que Critón lo soporte más fácilmente, y al ver que mi cuerpo es enterrado o quemado no se irrite por mí como si yo sufriera cosas terribles, ni diga en mi funeral que expone o que lleva a la tumba o que está enterrando a Sócrates. Pues has de saber bien, querido Critón—dijo él—, que el no expresarse bien no sólo es algo en sí mismo defectuoso, sino que, además, produce daño en las almas. Así que es preciso tener valor y afirmar que sepultas mi cuerpo, y sepultarlo del modo que a ti te sea grato y como te parezca que es lo más normal.

Después de decir esto, se puso en pie y se dirigió a otro cuarto con la intención de lavarse, y Critón le siguió, y a nosotros nos ordenó que aguardáramos allí. Así que nos quedamos charlando unos con otros acerca de lo que se había dicho, y volviendo a examinarlo, y también nos repetíamos cuan grande era la desgracia que nos había alcanzado entonces, considerando simplemente que como privados de un padre íbamos a recorrer huérfanos nuestra vida futura. Cuando se

hubo lavado y le trajeron a su lado a sus hijos—pues tenía dos pequeños y uno ya grande—y vinieron las mujeres de su familia, ya conocidas, después de conversar con Critón y hacerle algunos encargos que quería, mandó retirarse a las mujeres y a los niños, y él vino hacia nosotros. Entonces era ya cerca de la puesta del sol. Pues había pasado un largo rato dentro.

Vino recién lavado y se sentó, y no se hablaron muchas cosas tras esto, cuando acudió el servidor de los Once y, puesto en pie junto a él, le dijo:

—Sócrates, no voy a reprocharte a ti lo que suelo reprochar a los demás, que se irritan conmigo y me maldicen cuando les mando beber el veneno, como me obligan los magistrados. Pero, en cuanto a ti, yo he reconocido ya en otros momentos en este tiempo que eres el hombre más noble, más amable y el mejor de los que en cualquier caso llegaron aquí, y por ello bien sé que ahora no te enfadas conmigo, sino con ellos, ya que conoces a los culpables. Ahora, pues ya sabes lo que vine a anunciarte, que vaya bien y trata de soportar lo mejor posible lo inevitable.

Y echándose a llorar, se dio la vuelta y salió.

Entonces Sócrates, mirándole, le contestó:

—¡Adiós a ti también, y vamos a hacerlo!

Y dirigiéndose a nosotros, comentó: —¡Qué educado es este hombre! A lo largo de todo este tiempo me ha visitado y algunos ratos habló conmigo y se portaba como una persona buenísima, y ved ahora con qué nobleza llora por mí. Conque, vamos, Critón, obedezcámosle, y que alguien traiga el veneno, si está triturado y si no, que lo triture el hombre.

Entonces dijo Critón:

—Pero creo yo, Sócrates, que el sol aún está sobre los montes y aún no se ha puesto. Y, además, yo sé que hay algunos que lo beben incluso muy tarde, después de haberseles dado la orden, tras haber comido y bebido en abundancia, y otros, incluso después de haberse acostado con aquellos que desean. Así que no te apresures; pues aún hay tiempo.

Respondió entonces Sócrates:

—Es natural, Critón, que hagan eso los que tú dices, pues creen que sacan ganancias al hacerlo; y también es natural que yo no lo haga. Pues pienso que nada voy a ganar bebiendo un poco más tarde, nada más que ponerme en ridículo ante mí mismo, apegándome al vivir y escatimando cuando ya no queda nada. Conque, ¡venga!—dijo—, hazme caso y no actúes de otro modo.

Entonces Critón, al oírle, hizo una seña con la cabeza al muchacho que estaba allí cerca, y el muchacho salió y, tras demorarse un buen rato, volvió con el que iba a darle el veneno que llevaba molido en una copa. Al ver Sócrates al individuo, le dijo:

—Venga, amigo mío, ya que tú eres entendido en esto, ¿qué hay que hacer?

—Nada más que beberlo y pasear—dijo—hasta que notes un peso en las piernas, y acostarte luego. Y así eso actuará.

Al tiempo tendió la copa a Sócrates.

Y él la cogió, y con cuánta serenidad, Equécrates, sin ningún estremecimiento y sin inmutarse en su color ni en su cara, sino que, mirando de reojo, con su mirada taurina, como acostumbraba, al hombre, le dijo:

—¿Qué me dices respecto a la bebida ésta para hacer una libación a algún dios? ¿Es posible o no?

—Tan sólo machacamos, Sócrates—dijo—, la cantidad que creemos precisa para beber.

—Lo entiendo—respondió él—. Pero al menos es posible, sin duda, y se debe rogar a los dioses que este traslado de aquí hasta allí resulte feliz. Esto es lo que ahora yo ruego, y que así sea.

Y tras decir esto, alzó la copa y muy diestra y serenamente la apuró de un trago. Y hasta entonces la mayoría de nosotros, por guardar las conveniencias, había sido capaz de contenerse para no llorar, pero cuando le vimos beber y haber bebido, ya no; sino que, a mí al menos, con violencia y

en tromba se me salían las lágrimas, de manera que cubriéndome comencé a sollozar, por mí, porque no era por él, sino por mi propia desdicha: ¡de qué compañero quedaría privado! Ya Critón antes que yo, una vez que no era capaz de contener su llanto, se había salido. Y Apolodoro no había dejado de llorar en todo el tiempo anterior, pero entonces rompiendo a gritar y a lamentarse conmovió a todos los presentes a excepción del mismo Sócrates.

Él dijo:

—¿Qué hacéis, sorprendentes amigos? Ciertamente por ese motivo despedí a las mujeres, para que no desentonaran. Porque he oído que hay que morir en un silencio ritual. Conque tened valor y mantened la calma.

Y nosotros al escucharlo nos avergonzamos y contuvimos el llanto. Él paseó, y cuando dijo que le pesaban las piernas, se tendió boca arriba, pues así se lo había aconsejado el individuo. Y al mismo tiempo el que le había dado el veneno lo examinaba cogiéndole de rato en rato los pies y las piernas, y luego, apretándole con fuerza el pie, le preguntó si lo sentía, y él dijo que no. Y después de esto hizo lo mismo con sus pantorrillas, y ascendiendo de este modo nos dijo que se iba quedando frío y rígido. Mientras lo tanteaba nos dijo que, cuando eso le llegara al corazón, entonces se extinguiría.

Ya estaba casi fría la zona del vientre cuando descubriéndose, pues se había tapado, nos dijo, y fue lo último que habló:

—Critón, le debemos un gallo a Asclepio. Así que págasele y no lo descuides.

—Así se hará—dijo Critón—. Mira si quieres algo más.

Pero a esta pregunta ya no respondió, sino que al poco rato tuvo un estremecimiento, y el hombre lo descubrió, y él tenía rígida la mirada. Al verlo, Critón le cerró la boca y los ojos.

Éste fue el fin, Equécrates, que tuvo nuestro amigo, el mejor hombre, podemos decir nosotros, de los que entonces conocimos, y, en modo muy destacado, el más inteligente y más justo.